

GFS-118-B

Nro

Carlos de Viana
(mecnografiado)

WINS

CARLOS DE VIANA

Tragedia no representable
en cinco actos de

MIGUEL SAPERAS

====



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

PERSONAJES

Carlos de Viana.

Brianda.

Juan II.

Juana Enriquez.

Ausias March.

Nogueras. Protonotario de Juan II.

Pedro Destorrents. ~~Secretario~~ Presidente
te del Consejo de Ciento.

Conde de Pallars.

Ramón de Montoliu.

Pedro Torroella. Mayordomo de Carlos.

Pedro Queralt. Fraile dominico.

El Chepa.

Benito, el cojo.

El carcelero

Un diputado.

Tres damas de Juana Enriquez.

Consejeros. Diputados. Hombres del pueblo.

- - - -

ACTO PRIMERO

- - -

Sala de una casa señorial en Igualada.

(El Conde de Pallars y Pedro Torroella
conversan íntimamente)

PALLARS.- Entonces, ¿vos creéis que nuestro Príncipe
recela aún?

TORROELLA.- Acepta la concordia
tendidos
con los brazos ~~abiertos~~ y, en el pecho,
una esperanza, que consuela siempre.
Mas no puede ~~negarse~~ olvidar que le negaron
en el Castillo de Bellver la entrada
y casi en el Palacio de los Reyes.
Y esto no fuera aún grave si, en su contra,
no armara el Rey sus barcos. En Navarra
gobiernan los de Foix, que es decir tanto
como Don Juan Segundo. Han sido inútiles
las luchas sordas, las batallas duras
de agramonteses y beamonteses.
Doña Blanca, la hermana de Don Carlos,

y Don Juan de Beaumont, el gran amigo
y leal consejero de Su Alteza,
pueden considerarse prisioneros.
Por algo el Rey, cuando firmaba el pacto,
soñaba ladino y declaraba
que, humillado y por fuerza, se rendía.
¡Esa es Navarra! Cataluña, en tanto,
¡seguirá soportando a la madrastra?

PALLARS.- ¡Quién sabe! Mas no pueden ser eternos
los rencores del Rey. Juró a la postre
los privilegios, usos y costumbres
de Barcelona. Tiene Cataluña
una Constitución...y ha de acatarla.

TORROELLA.- ¡Si no hubiese otro hijo! La discordia,
vos lo sabéis, es Juana quien la atiza.
Y es astuta, cruel ¡y hasta valiente!
Todo es cuestión, no más, de primogénitos.
Si, de pronto, Don Carlos renunciase
a sus derechos, fuera, entre los hijos,
el más noble y, quizás, un sabio. Ahora
es un cínico, un monstruo y un rebelde.

PALLARS.- Pero, en el corazón, la felonía es aguijón que punza. Juan Segundo quiere cerrar los párpados a toda luz exterior y ha de luchar en vano consigo mismo y aun con todo un pueblo.

TORROELLA.-El Príncipe Don Carlos,-valeroso y audaz, podéis creerme,-calla en pública pena que le embarga y, aún a solas, ¡al corazón sabe imponer silencio! Al fallecer Alfonso Quinto, en día nefasto para el reino, fué el ducado de Montblanch y el condado inseparable de Ribagorza, con el señorío de Balaguer, para el hermano espúreo, hijo del Rey y Doña Juana Enriquez. ¡Para el Príncipe Carlos de Viana, la mordaza no más! Y, en tanto el Príncipe en Sicilia y en Nápoles rehusaba homenajes de nobles y plebeyos, conocía también los nuevos títulos cedidos a Fernando. Y en su boca ni una queja brotó. Pero sufría.

(Entra Brianda, con el rostro cubierto con un velo)

BRIANDA.- ¿El Príncipe, señores?

PALLARS.-

Ante todo,

hacednos la merced, señora nuestra,
de esa luz que se esconde tras un velo
para, con sus fulgores, no cegarnos.

BRIANDA.- El Conde de Pallars, ¿es tan galante
siempre que encubre su desconfianza?

PALLARS.- El Conde de Pallars es guarda afecto
que vuestro exceso de prudencia anula.

BRIANDA.- Entonces... (Descubriéndose)

TORROELLA.-

¡Oh!... ¡Brianda!

PALLARS.-

Mi señora...

BRIANDA.- Disculpádmelo. Camino a la deriva,
tan cerca del amor y de la angustia,
que dudo ya de cuanto me rodea:
del mismo sol, del aire que respiro
¡y de las piedras que mi amado pisa!
En vano la ilusión pone en mi frente
su luz. prometedora; yo no veo
sino un incendio alrededor, con llamas

que pregonan pasiones e infortunios.

No aspiro a una corona; no se hizo
su brillo para mí. Temo a la furia
de una mujer, que esconde su veneno
de serpiente traidora bajo un manto
de púrpura real. Por eso vine.

El pacto o la entrevista de Igualada,
-tanto me da,- me llena de inquietudes.

PALLARS.- Hoy la Reina, señora, se ennoblece
con un gesto aureolado de elegancia.

BRIANDA.- No conocéis el odio femenino.

PALLARS.- ¡Don Carlos tiene por guardián un pueblo!

BRIANDA.- Un pueblo de valientes que, en los campos
su sangre entregan y sus vidas rinden;
¡un pueblo audaz que con franqueza impone
el cumplimiento fiel de una palabra!
Pero no un pueblo astuto, preparado
contra el arte ruin de la conjura.

TORROELLA.- Cada sirviente en su lugar vigila.

BRIANDA.- ~~Cada~~ ¡Cada sirviente! ¿Y Carlos? ¿Hay un
más infantil? ¡Por eso es ^{un} poeta! ^{Alma}

Rebelde a la injusticia de su padre,
sabe mandar sus huestes con bravura,
¡matar o perecer! ¡Nada le importa!
Como un tigre defiende los derechos
del hijo de la Reina Doña Blanca
y del Rey de Aragón y Cataluña.

Pero, al fin, es poeta. Y, en su rostro,
jamás, bajo el dosel de su sonrisa,
rastrea un pensamiento inconfesable.
Decidle que en el fondo de una mano
que se tiende amistosa, se agazapa
la traición de un puñal...y no os lo cree.

PALLARS.- La voluntad del Príncipe es, señora,
cumplir el pacto.

BRIANDA.- ¡El pacto que impusieron
sin medir mi dolor!

TORROELLA.- Felipe,-el niño
que, en su inocencia, asiste con sus jue-
a este drama en su torno,-está seguro;
^{legos}
¡bien seguro, señora!

BRIANDA.- Las angustias
me matan poco a poco. Yo querría

torcer de mi destino el duro acero;
pero me siento débil, y a la vida
la misma fuerza del dolor me empuja.
Hablásteis de mi hijo; del de Carlos.

PALLARS.- Torned cerca de él.

BRIANDA.- ¿Es que os espanta
que esté al lado del Príncipe?

PALLARS.- Le temo
a la ira del Rey. Y la entrevista
que tantas veces suplicó Don Carlos,
la puede malograr vuestra presencia.

BRIANDA.- ¿Cuándo del vuelo fué culpable el pájaro?
¿Cuándo la espada dentro de su vaina,
vigilante y despierta, fué un estorbo?

PALLARS.- Vuestra pasión os fingirá fantasmas
por todas partes.

BRIANDA.- No. Mi amor inmenso
es llama y es diamante; no delirio.
Un día, por mi mal, sé que la hermana
del Rey de Portugal será la esposa
del Príncipe. Es mi sino. Y en mi pecho,
que desgarrá el dolor, no hay una queja.

Otro día, la rosa del coloquio
con Isabel, Princesa de Castilla,
punza mi corazón. Y brota sangre
dentro del pecho, sosegadamente,
calladamente, ¡como en un sepulcro!
No son fantasmas, no. Son realidades,
que he de sufrir y sé afrontar. Pero es-
es muy distinto: Juana Enriquez tiene ^{-to}
veneno de áspid, de mortal designio,
y acabará con Carlos, ¡os lo juro!

TORROELLA.- Calmaos.

PALLARS.- ¡Por piedad!

BRIANDA.- ¡No puedo!

TORROELLA.- El Príncipe.

(Salen de las habitaciones del Príncipe, Carlos de Viana, Ausias March y Ramón de Montoliu. Brianda, un si es no es atemorizada, se retira al fondo)

CARLOS.- Al Rey, mi padre, han de gustar. De pura
raza árabe y veloces como el viento.

Unos petros que saltan como gamos.

Torroella: Bernardo Requesens

y el Conde aguardan ya que mis presentes

les mostréis. (Pausa) Es la hora. Con-
-dría
que una escolta de cien hombres armados
fuese a encontrar al Rey. Yo aquí le espe-
-ro
con Ausias March.

MONTOLIU.-

Señor...

CARLOS.-

Al Rey mi padre

rendiréis el debido acatamiento.

TORROELLA.- (Al Príncipe en voz baja)

Una dama, señor.

CARLOS.- (En la misma forma) ¡Decís?... ¡Brianda!

PALLARS.- Cumpliremos, Alteza, vuestras órdenes.

CARLOS.- ¡Mi Conde de Pallars! Por fin se enciende
la hora de la paz. ¡No haya más dudas!

PALLARS.- Seréis vos nuestro Rey.

CARLOS.-

Dios solamente

podrá decirlo. Conde, Torroella,

Ramón de Montoliu: hasta muy pronto.

(Marchan Torroella, el Conde de Pa-
llars y Ramón de Montoliu)

BRIANDA.- (Arrodillándose a sus pies)

¡Carlos!

CARLOS.- (Dulcemente, levantándola)

¿Porqué has venido? Te añoraba recorriendo otra vez la dura senda de mi amargo tormento. Y, de puntillas, yo iba hacia tí, con el escalofrío de verme solo bajo el sol de Nápoles. Era un sueño, no más. Sueño, la vida cerca del mar; y aquel chisporroteo de las voces amigas que, en mi alma, se convertían en silencio grave. Sueño y silencio...Nuestro amor...La vida...
-da...
¿Será así?

BRIANDA.- ¡Carlos!

CARLOS.- Cada abrojo, un sueño.

BRIANDA.- ¿Y nuestro hijo?

CARLOS.- Un sueño todavía.

BRIANDA.- (En una explosión de dolor)

¡No es verdad!

AUSIAS

MARCH.-

La razón tienes enferma,
mi señor; que la lucha es inclemente
y en ella agotas corazón y nervios;
*pero el entendimiento ve a distancia
y nunca toma por azul el verde*.

CARLOS.- Mi entendimiento es todo bruma. (A Brianda)
Dime:
¿porqué has venido?

BRIANDA.- (Dolorida) No lo sé yo misma.

AUSIAS

MARCH.- "El ciervo herido no desea tanto
la fuente, como el alma enamorada
la presencia real del ~~un~~ ser querido".

BRIANDA.- ¡Carlos!

AUSIAS

MARCH.- "Reposa en esta certidumbre.
Es inútil pasar por otro puente".

CARLOS.- Vuestras palabras, -copos luminosos,-
van orlando la frente estremecida
de esta mujer que mi vivir absorbe.
- ¿Qué más quieres de mí? ¿Qué más, Brianda?

BRIANDA.- Tengo miedo.

CARLOS.- No tiembles. Tu semblante
tan pálido es más bello todavía.

BRIANDA.- ¡Tengo miedo!

CARLOS.- No temas a los duendes
ni a las brujas que vuelan en escobas.

BRIANDA.- ¿Porqué me habláis así?

CARLOS.- De los mezquinos
jamás esperes un batir de alas.

¿Qué quiere decir hombre?

BRIANDA.-

¿No os parece

que quiere decir padre?

CARLOS.-

¡Más valdría

no ser nada jamás!

BRIANDA.-

Vuestro destierro,

señor, os dió crueldad.

CARLOS.-

En la penumbra

de una prisión la vida es más abierta.

AUSTIAS

MARCH.-

Y el amor la ilumina, si la duda

rastrea en ella como artera sierpe.

Peregrino del mundo, cada día

"el amor indecible que me inflama,

cuantos más sufrimientos me procura

más hace que en mí el júbilo florezca".

Una quimera nunca ha sido gufa

en mi camino; que a mi amada veo

y me siento feliz "y hablo con ella

y no sabe mi amor que es de tal guisa

que, siendo como todos, no hay ninguno

que igualarlo pudiera". El vuestro, en cam-

-bio,

es bien distinto. Abierto a toda suerte

de piedades fecundas, generosas,
con titilar de lirios y de estrellas,
circunda vuestra vida, bajo el signo
del nombre sacratísimo de padre,
que para mí quiere decir grandeza.
Despertad...

BRIANDA.- Mi señor...

CARLOS.- En vano intento
mi pecho abrir.

BRIANDA.- ¡Porque olvidáis que os
amo!

CARLOS.- ¡Pobre mujer, que sabes ofrecerme
tus ojos, como vasos cristalinos
llenos de perlas, donde está mi imagen
perpétuamente reflejada, y, luego,
sabes alzar tus brazos, como llamas
que el fondo de mis penas iluminan!
¿Porqué has venido, dí?

BRIANDA.- Vuestra madrastra...

CARLOS.- La Reina.

BRIANDA.- Mi señor, la que en Montroy,
en Mallén y en Tafalla, bajo rejas,
os hizo amordazar, y en Zaragoza

espió vuestros pasos tenazmente.

¡La que encendió la hoguera de Navarra!
La que, en lecho real, un contubernio
realizó sin escrúpulos; la misma
que enloda hoy un nombre immaculado
para intentar que Enrique de Castilla
repudie a vuestra hermana, por el hecho
de que en su matrimonio ha sido estéril.
¿Qué más queréis, señor?

CARLOS.-

¡Basta, Brianda!

BRIANDA.- Por eso vine a hablaros. Mi osadía
perdonad. He cruzado vuestra puerta
con el seco silbido de un trallazo.

CARLOS.- Me pareces la sombra de mí mismo
que me habla de pronto. Y me avergüenzo
del eco de tu voz, que en mis sentidos
resuena cual si fuese mi voz propia.

AUSIAS

MARCH.-

Aún queda pestilencia del despojo
de los tiempos pasados. ¿Por qué? Dime.

BRIANDA.- ¡Su vida está en peligro!

CARLOS.-

¡Cuántas veces

mi pobre corazón fué ya un cadáver!

BRIANDA.- ¡Cuántas me dió su gracia, noblemente!

CARLOS.- ¡Lo sabes tú? En el dolor y el gozo
he sido paradójico y excéntrico.

¡Mi corazón! En él no te confíes.

BRIANDA.- ¡En quién entonces confiar?

CARLOS.-

Acaso

en las estrellas. Como están tan lejos
de tí, jamás podrían alcanzarte.

AUSIAS

MARCH.-

De vos, señor, el pueblo mucho espera;
sabe que sois leal y valeroso.

CARLOS.- Traidora ha sido para mí la suerte,
que me obligó a verter inútil sangre;
traidora, al permitir que mis arangas
contra mi padre alzaran todo un pueblo.

BRIANDA.- Sois cruel.

CARLOS.-

No. Soy justo.

AUSIAS

MARCH.-

La balumba

de vuestros pensamientos, confundidos
y atropellados, os perturba.

CARLOS.-

Entonces,

¿cómo queréis que yo piense del mundo?

¿Cómo pensar de mí, la más insignie

banalidad, delirio de grandezas,
caudillo sin corcel? ¿Del Rey mi padre
que, en su orgullo también, hace inventa-
de la correspondencia que mantuve ^{-rio}
con cada ilustre Príncipe de Europa?

BRIANDA.- Callad, señor. El pueblo, que os aclama,
sabe que no es verdad ese retrato
que hacéis de vos.

AUSIAS
MARCH.-

Romped esa corteza
de vuestro divagar, -ligera túnica,-
y vuele libre vuestro sentimiento:
que sea sentimiento de justicia
y no limosna de perdón y olvido.
Pronto los Reyes llegarán y estamos
dispuestos a rendirles pleitesía.
Los diputados y los consejeros
alababan ha poco vuestro nombre.
Y banderas y tropas y navíos,
y mármoles y broncees y brocados
proclaman la esperanza de este pueblo
que, en la entrada triunfal de Juan Se-
-gundo,

de Juana Enriquez y del hijo amado
Príncipe de Viana, ve el designio
de asegurar la paz.

CARLOS.- Y yo sé alzarme
sobre aquellos designios } presagios
que obscurecen el fondo de mi alma.

BRIANDA.- Perdonad, sin embargo, la insistencia
en sospechar que la traición espía.

AUSIAS
MARCH.- No hay nada que temer.

BRIANDA.- La Reina tiene
un privado: el sagaz protonotario
de Don Juan de Aragón.

CARLOS.- Noguerras.

BRIANDA.- Hombre
que lleva en la mirada el torpe brillo
del oro que sus cálculos codician
y en la boca el temblor de la lujuria.

CARLOS.- Será así. Y en verdad que fuera necio
querer juzgarle.

BRIANDA.- Bien. Y si, escondido,
he descubierto en él un vergonzoso
deseo?

1011
WZ-88-W
RIVO - 4

CARLOS.- Colocados en balanza
sus actos y los míos, ya veremos
quién pesa más.

BRIANDA.- Es que su podredumbre
de alma y de cuerpo, le llevó, malvado,
a poner cerco, acaso ya triunfante,
¡al condenado amor de la madrastra!

CARLOS.- ¡Por qué el silencio no tajó tu frase
como espada de fuego? No es posible
que el honor de mi padre, mancillado,
esté a merced de un piélagos de horrores,
que intenta destruirlo. ¡No es posible!
La Reina es ambiciosa, no lasciva.
Plebeya, astuta, vil, ¡lo que tú quieras!
Pero, adúltera, no.

CARLOS MANUEL FERNÁNDEZ SHAW

BRIANDA.- Mas la venganza
escoge el arma que mejor estima.

AUSIAS
MARCH.- Todo amor que blasona de nobleza,
si camina del brazo de la injuria
pone en sus ojos una venda, y toma
por fieros lobos lo que son hormigas.

BRIANDA.- Es que, en Nogueras, el deseo torpe

no es un cilicio cerca de la Reina.

CARLOS.- ¡Y aún te escucho, mujer!

BRIANDA.- Cual la semilla
que, sepultada bajo tierra, aguarda,
para granar, un día venturoso,
ha esperado hasta hoy mi inmensa angus-
-tia,
escondida en el fondo de mi pecho,
y se encera mi amor con la culpable
de vuestra perdición. ¡Os anticipo
que sabré defenderos!

CARLOS.- Yo me basto.

BRIANDA.- Pero, ¿no veis con claridad las armas
que esgrimen contra vos?

CARLOS.- Veo que brillan
y en mi pecho de bronce se deshacen.

VOZ DE UN
SENTINELA.- (Dentro)

¡Cataluña por Don Juan!

VOZ DE OTRO
SENTINELA.- (Dentro) ¡Alerta!

VOZ DE OTRO
SENTINELA.- (Dentro)

¡Cataluña por Don Juan!

AUSIAS
MARCH.- Ya vienen

los Monarcas, señor.

VOZ DE UN

GENTINELA.- (Dentro)

¡Alerta!

VOZ DE OTRO

GENTINELA.- (Dentro)

¡Alerta!

CARLOS.- Juan Segundo verá que su hijo inclina
la cabeza ante él, rodilla en tierra.

BRIANDA.- Sois débil.

CARLOS.- Soy así. Jamás la infamia,
venga de donde venga, me ha intimidado.

(Entra Torroella, impresionado aún
por la alegría del pueblo aclamando a los Reyes de Cataluña y Aragón)

TORROELLA.- Todo el pueblo, señor, vibra magnífico
al paso de los Reyes. Los circundan
polvaredas de oro y van lloviendo
los gritos como lluvia de esmeraldas.
Las mujeres elevan en sus brazos
a sus hijos y lloran de contento
al ver que se acabaron los rencores.

VOZ DE UN

GENTINELA.- ¡Cataluña por Don Juan! (Dentro)

VOZ DE OTRO

GENTINELA.- (Dentro)

¡Alerta!

TORROELLA.- La Reina en su corcel, noble y augusta,
fulgura entre un milagro de sonrisas.
Soy sincero, señor.

BRIANDA.-(Dolorosamente intencionada) ¡Carlos!...

CARLOS.-

¡Brianda!

UN HERALDO.- ¡El Rey!

AUSTAS

MARCH.- (A Brianda, invitándole a salir)

Señora...(Sale Brianda)

(Aparecen Juan II, Juana Enriquez, Noguerras, el Conde de Pallars, Ramón de Montoliu, caballeros y nobles del séquito de los Reyes.)

JUAN II.-

Carlos de Viana...

CARLOS.- ¡Padre y señor! (Arrodillándose a sus pies)

JUAN II.-

Alzad. (Levantándole)

CARLOS.- (Inclinando la cabeza ante la Reina)

Señora.

JUANA

ENRIQUEZ.-

Príncipe.

(Pausa un poco larga)

JUAN II.- Fueron tantos los días que he pasado sin veros, que ya casi no os conozco. Y, sin embargo, hijo, el gran afecto que siempre os tuve fué formando el surco de estas arrugas de mi frente, muestras del sufrimiento de mi pecho. Carlos: soy viejo. ¿No os parece?

CARLOS.-

Padre mío:

el tiempo, con su báculo, camina
para adelante siempre...

JUAN II.-

...Si la ~~roca~~ roca
del destino,-que manda inexorable,-
no le detiene y permanece inmóvil,
como símbolo vivo de una idea
fatal que nos circunda.

CARLOS.-

Despojarlo,
en mi humilde opinión, nos toca entonces
de toda humanidad; y no olvidemos
que es espíritu el tiempo, y el coloquio
con Dios, a solas, heradé montañas.

JUAN II.- (Con ligera ironía)

Seguís siendo poeta.

CARLOS.-

Yo diría
mal poeta, señor.

JUAN II.-

¡Bah! Os aseguro
que el latín os realza, y Aristóteles
os dió buenos consejos. Ya estáis viendo
que sé de vuestra vida.

CARLOS.-

Rey magnánimo,
como lo sois, de todos vuestros súbditos

conoceréis sus actos. Yo agradezco
vuestra bondad.

JUAN II.- La Reina os es adicta
y, como yo, vuestras virtudes honra.

CARLOS.- Gracias por tal merced doy a la Reina.

JUANA

ENRIQUEZ.-De vos hablando a todas horas, Príncipe,
gusto haceros justicia. Me inquietaba
el temor de no seros agradable,
y eso mismo me hacía irresoluta.
Pero ya, desde ahora, la conquista
de vuestro corazón, que es demasiada
ambición para mí, me lleva, Carlos,
a ser, no vuestra Reina, vuestra amiga.

CARLOS.- (Con vehemencia)

Yo os pido, mi señora, las palabras
que acaban de brotar de vuestros labios,
para hacer un altar dentro del pecho
y amarlas como en una eucaristía.
No puedo más de horrores y amarguras.
Delante de Pallars, de Montoliu
y de Ausias March, os juro, padre mío,
seros fiel. Vos seguid siendo benévolo

con vuestro primogénito.

JUANA

ENRIQUEZ.- (Al Rey)

La gracia

para él os ruego, esposo.

JUAN II.-

Y tan de grado

la otorgo, que no quiero ni prudente

ser en esta ocasión. El Condestable

de Navarra y mi hija, sean puestos

en libertad. ¡Oíd! Vuestro Monarca

todos los prisioneros restituye.

Vos, Carlos, hijo ^{nuestro,} ~~mi hijo~~ donde os plazca

podréis siempre vivir, sin arriesgaros

por tierras de Navarra y de Sicilia.

Dotaré vuestra casa con largueza.

¿Qué más queréis?

CARLOS.-

Que, por cumplir el pacto

vuestro pueblo os bendiga.

JUAN II.-

¡He de cumplirlo!

¿Vuestros amigos?...

CARLOS.-

Estos son. (Presentando)

El Conde

de Pallars, vieja estirpe catalana.

PALLARS.- Soy vuestro servidor y de Su Alteza.

JUAN II.- Premiaré, cual merecen, vuestros méritos.

CARLOS.- Ramón de Montoliu, el noble prócer.

MONTOLIU.-Para el Rey, mi señor, y para el Príncipe
poca será mi sangre.

JUAN II.- Sabré honraros.

CARLOS.- Ausias March, el amigo y el poeta
que he conocido en Nápoles.

JUAN II.- Me consta
que maneja la espada como un bravo.

JUANA
ENRIQUEZ.-El autor de los cánticos sublimes
del Amor y la Muerte.

AUSIAS
MARCH.- Solo versos.

JUANA
ENRIQUEZ.- ¡Venturosa la dama que os inspire!

AUSIAS
MARCH.- "Me lleva a Venus una puerta y, luego,
al regresar, las piernas se me antojan
más pesadas que nunca".

JUAN II.- **Si** Si en la Corte
de Nápoles, la gloria de mi hermano
Alfonso Quinto se esmaltó con sueños
y con rosas de músicas, yo os pido,
Ausias March, que mi vida se acompañe
con el eco feliz de vuestros versos.

Y vamos ya, que Barcelona espera.
Ya anhelo conocer la codiciada
ciudad honrada; la más pura joya,
magia de austeridad y de grandeza.

CARLOS.- Antes, aceptaréis el homenaje,
quizás humilde, de unos bravos potros,
raudos como la luz...

JUAN II.- Y yo os ofrezco
mi corazón.

CARLOS.- Señor.

JUAN II.- Ante la Historia
deseo que, sin mancha, resplandezca
mi nombre como Rey y como padre.

(Marchan todos juntos. Luego, sale
Brianda, terriblemente pálida y
amenazadora)

BRIANDA.- ¡Y yo a velar por él toda mi vida!

(Se cierra la cortina)

=====

2

ACTO SEGUNDO



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

Gran sala de un castillo en Lérica.

(Dama primera, vestida de azul. Dama segunda, vestida de verde. Dama tercera, vestida de blanco)

DAMA

PRIMERA.- (A la Dama segunda)

Un amor nuevo os ilumina el rostro
y un eco de arsonías aprisiona
la luz de vuestra límpida mirada.

DAMA

SEGUNDA.- Si es mi vestido, como el mar de noche,
verde esmeralda; si en mis manos brota
agua de estrellas y si miro al Cielo
para ver cómo vuelan mis suspiros,
será que un nuevo amor hace más puro
el gozo de mi pecho.

DAMA

TERCERA.- ¡Qué aire tibio
envuelve vuestra voz y la acaricia,
cuando el sol está lejos, y las ramas
de los desnudés árboles parecen
brazos reseco que piedad imploren?

DAMA

SEGUNDA.- Es un soldado del Rey Juan. Navarra

le vió nacer, y el Ega y el Barunda
le dieron la bravura de sus aguas,
que se asoma a sus ojos cuando mira.
Jamás en guerra un arma, - ¡la que fuere! -
le hizo retroceder; y el noble Conde
de Foix le hizo merced del nombramiento
de capitán de nuestra amada Reina.
Es gallardo y gentil. Cuando me habla
vacila como un niño. Solamente
la luna sabe nuestro amor; y, en torno
del idilio feliz, canta la alondra.

DAMA

PRIMERA.- ¿En el invierno frío?

DAMA

SEGUNDA.-

En el invierno.

¿No es un milagro?

DAMA

TERCERA.- (A la Dama primera) Y ese vuestro traje,

azul como el rocío de la aurora?...

DAMA

PRIMERA.- (Como evocando una visión lejana)

Prometió serme fiel. "No temas nunca

que se apague la llama de mi vida

antes de reencontrarte. Cada hoja

de los árboles tristes del camino,

sabrá la audacia que pondré en mi paso

hasta elevar, en tu homenaje, un solio
donde repose tu sonrisa núbil*.

Y brillaba su voz en el espacio...

(Queda emocionada, como en un arro-
bamiento interior de su espíritu)

DAMA

TERCERA.- Hoy el Príncipe llega.

DAMA

SEGUNDA.-

Vuestro gozo

casi detiene el tiempo.

DAMA

TERCERA.-

Yo quisiese

que galopara por los quietos aires,

como un perfume, derrochando auroras,

y que Don Carlos, por la blanda tierra,

húmeda de emoción, siguiese el rumbo

del gozo mío.

DAMA

SEGUNDA.- (Con un punto de ironía) ¿Estás enamorada?

DAMA

TERCERA.- Jamás le he visto.

DAMA

SEGUNDA.-

Es débil.

DAMA

TERCERA.-

Lo imagino

gentil y adusto, valeroso y cauto.

DAMA

PRIMERA.- ¿No os gana, acaso, el corazón el odio

que siente contra el Rey?

DAMA

TERCERA.-

¿Porqué ultrajam-
-me?

DAMA

PRIMERA.- Don Carlos de Viana...

DAMA

SEGUNDA.-

Es peligroso

jugar con fuego, en dimes y diretes;
y, quizás, si la Reina os escuchase,
os haría sentir su enojo a entrambas.

(Aparece Juana Enriquez. La noche
en vela ha dejado en su rostro
como un rictus de crueldad, mal
disimulada. Las tres Damas, al
ver a la Reina, se cogen de las
manos)

DAMA

PRIMERA.- Dios guarde a nuestra Reina.

DAMA

SEGUNDA.-

Vuestros ojos

se bañen en la luz de la meñaca.

DAMA

TERCERA.- Y dejen admirar vuestras mejillas,

donde nacen las rosas y las fresas.

JUANA

ENRIQUEZ.- Mi noche fué cruel.

DAMA

SEGUNDA.-

¿angustia?

TERCERA JUANA

ENRIQUEZ.-

Insomnio.

DAMA

PRIMERA.- Hermosa estéis.

JUANA

ENRIQUEZ.-

Las horas eran lentas

y punzaban mi piel como puñales.

¡Noche de espectros! Manos iracundas

y la voz de aquel hombre que sonaba

dentro de mi cerebro. *¡le* escuchásteis?

DAMA

TERCERA.- *¡*Os referís al fraile de ayer?

DAMA

SEGUNDA.-

Dijo

cuatro futezas, repetidas siempre.

JUANA

ENRIQUEZ.-La amenaza constante: "Si te arrancas

la piel, *¡*qué quedará de tu belleza?

¡La Eternidad para el que peca es fuego!

La muerte a todos nos iguale". ¡Miente!

Mi hijo vale más que cuantos hombres

viven y vivirán. Y sus acciones,

cual las del Cid, eclipsarán la injuria

de este fraile perverso; que, por algo,

es hijo del Rey Juan, *¡*y es hijo mío!

"Toda alegría lleva en sus entrañas

un dolor". Esto yo no lo comprendo,--

*¡*porque aún desconozco la alegría!

DAMA

PRIMERA.- *Y* qué os priva, señora, de alcanzarla?

JUANA

ENRIQUEZ.-Esa pregunta ya es impertinente.

DAMA

PRIMERA.- Perdón, señore.

JUANA

ENRIQUEZ.-

Fue una mala noche.

Pero ya se acabó. Sin duda el Príncipe

a la vista de Lérica se encuentra.

La gracia de su voz suena en mi oído
con dulces ecos. No quedó en mi alma
rencor alguno. Fué traidor un día
y, sin embargo, ~~me otorgué~~ ^{le otorgué} mi
afecto.
Quiero que recibamos a Su Alteza
cual corresponde a su elevada alcurnia.
¿Recordáis el pasaje de la Biblia
que habla del hijo pródigo? Yo quiero
al Príncipe, mejor que a aquel muchacho
le quería su padre.

DAMA
TERCERA.-

Mi señora:

vuestra bondad el pueblo reconoce.

JUANA

ENRIQUEZ.- ¡Qué me importa a mí el pueblo! Id a No-
-gueras
y decid que le aguardo.

LAS TRES
DAMAS.-

Bien, señora.

JUANA

ENRIQUEZ.- ¡Pronto! (Marchan las tres Damas. Enseguida aparece Nogueras)

NOGUERAS.-

Juana...

JUANA

ENRIQUEZ.-

Ya veo que mis pasos

sigues igual que un perro.

NOGUERAS.-

¿Cómo haría

para acertar vuestros deseos siempre?

JUANA

ENRIQUEZ.- Sola, sin tí, mejor vería entonces

todo el horror del sufrimiento mío.

NOGUERAS.--(Con ironía)

...Sin perjuicio, señora, de inclinarnos
ante el paso del Príncipe, luciendo
el bello escote, por probar fortuna.

JUANA

ENRIQUEZ.--(Con desprecio)

¡Miserable!

NOGUERAS.--

Pensad en vuestro hijo.

¿No sería mejor que darle el peso
de cuatro reinos, regalarle adornos
con que, joven y alegre, se engalane?

JUANA

ENRIQUEZ.--Miserable y audaz, te necesito.

NOGUERAS.--Soy como soy. Por serlo, todavía

se aferra a mí la vida, como un fardo
sobre mi espalda indómita. Por serlo,
sangre de tigre ~~me~~ bebería acaso,
y así, cruel, devoraría a un hombre.

¡Soy como soy!

JUANA

ENRIQUEZ.--

¿Y el Rey?

NOGUERAS.--

Duda y vacila

como un niño infeliz.

JUANA

ENRIQUEZ.-- (Concentrada)

¡Maldito sea!

NOGUERAS.- *¿Porqué,* señora, si le amáis? Un día
ante mí le besásteis, afanosa.

¡Qué repulsión! Como una calavera
brillaba el viejo cráneo, y la caricie
le iluminaba con sonrisa imbécil.

Desde entonces, no encuentra mi deseo
límites ante vos. *¿Porqué* en sus brazos

os veo siempre, cuando yo querría
al fin desmenuada entre los míos?
veros ~~escondida entre los brazos míos.~~

¡El Rey!... ¡El Rey!... No maldecidlo. Amad-
-12.
que, por algo, él conoce vuestro besos.

JUANA

ENRIQUEZ.- ¡Nogueras!

NOGUERAS.-

Perdonad. Rígido aguardo

lo que ordenéis.

JUANA

ENRIQUEZ.-

Me dá infinita pena

cada palabra tuya.

NOGUERAS.-

Soberana

sois de mi orgullo. Despreciadme ahora.

JUANA

ENRIQUEZ.- Te odio y te admiro. Veo inasequible

tu deseo; y me entrego a su corriente

como arrastrada hacia un inmenso abismo,

a pesar de que sé, por mi desdicha,

que fulgura la muerte en sus entrañas.

NOGUERAS.-Mi alma, ciertamente, es un abismo
donde rueda mi angustia; no la muerte,
porque vos, mi señora, la alumbrásteis
con la luz ideal de vuestros ojos.

JUANA

ENRIQUEZ.-¿Cómo es que tus palabras no me abrazan?
¿Te has olvidado de que soy la Reina?

NOGUERAS.-Sois la mujer que puede, ~~hacerme~~ ^{vengativa,}
hacerme ajusticiar en una horca
y el corazón lanzar luego a los canes.
Pero os bendeciré siempre; y, colgado,
mi crispación dirá cuánto os deseo.

JUAN A

ENRIQUEZ.-Pues bien, Negueras: te propongo un pae-
-to.
También salta la sangre entre mis venas
y me habla el pensamiento de la ruina
de todo mi pasado. Dominada
por la ambición, contraje matrimonio.
Quise ver a mis pies a un Almirante,
~~SEMPRE~~
-mi padre,- y quise ser más poderosa
que él y que el mismo Rey: mirar al mun-
-do
y proclamar en alta voz: "¡Gobierno!"

Y tuve un hijo. Le miré al principio como a un estorbo al que, encantada, hu-
-biese
alejado de mí como una evispa.

Más tarde, comencé a quererle; y una piedad profunda me invadió, seguida de una ilusión que despertó en mi pecho ternuras hasta entonces ignoradas.

¿No esgrimiría espada cuando mozo, para vencer o sucumbir con ella?

¿No ensancharía nuestros amplios reinos?

(Pausa)

Pero existía Carlos de Viana, demonio o ángel, es igual; y un pueblo por él alucinado; y la escritura de Blanca de Navarra...¿Tú me entiendes?

Carlos, el primogénito; heredero de Nemours, de Aragón y de Navarra, de Cataluña y de Castilla...¿Entiendes?

¿No dijiste que "un tigre"? ¡Prueba a ser
-20!

NOQUERAS.-Lo probaré, señora.

JUAN A

ENRIQUEZ:-

Será entonces

tuyo mi corazón.

NOGUERAS.-

Sobre la tumba
de Carlos de Viana, ya fulgura
nuestro amor inmortal. Sabré adoraros.

JUANA

ENRIQUEZ.-Yo heré al Rey, de Su Alteza, un vivo elo
La astucia vence. El Rey quiere salvarle;
mas yo sólo la muerte le deseo.

¿Tú me entiendes, Nogueras? ¿Tú me entien
-des?

UN HERALDO.-El Rey. (Entra Juan II)

NOGUERAS.-

Señor...

JUAN II.-

¡Oh! Juana...

JUANA

ENRIQUEZ.-

Haced justicia

contra el vil que mancilla vuestro reino.

JUAN II.- ¿qué decís?

JUANA

ENRIQUEZ.-

Mercader de necesidades,

fingiendo una modestia dolorida,
entre harapos, un hombre os amenaza.

JUAN II.- Prefiero un hombre tal a los traidores
cuyo silencio cauto me persigue.

JUANA

ENRIQUEZ.-

¿Y si el tal ha llevado su vileza
a predicar al pueblo un odio insano?

JUAN II.- Decid su nombre.

JUANA
ENRIQUEZ.-

Un fraile que, en la barba,
escorpiones caulta y, en los ojos,
luce dos dagas, siempre dirigidas
al corazón de la nobleza.

JUAN II.-

¿Es monstruo
o está loco?

JUANA
ENRIQUEZ.-

No sé. Pero en el nombre
de Dios, injuria el vuestro.

JUAN II.-

Bien. Noguerras:
antes que el sol decline, sea puesto
fuera de mis Estados, que él ofende.
Y si audaz protestara, atravesadle
el pecho con las dagas de los ojos.

JUANA
ENRIQUEZ.-Gracias, señor.

JUAN II.-

¿Qué más queréis, esposa?

JUANA

ENRIQUEZ.-Vuestro hijo...Don Carlos...

JUAN II.-

¿Osaríais
decir que es mi hijo?

ROQUERAS.-

Dadme vuestra venia
y yo os responderé.

JUANA

ENRIQUEZ.-

Sólo es voluble,
como caña batida por el viento.

Juguete de su orgullo...Caprichoso...

Nada más. No malvado.

JUAN II.-

¡Qué defensa

puede encontrar el hombre sublevado
contra su padre siempre; ~~el~~ que, de espinas
mi corona llenó, y hoy ve, en mi frente,
abiertas otra vez las cicatrices
del odio y del rencor? Cuando la Historia
hable de mí, me tildará de estúpido.

NOGUERAS.-Os engañáis, señor. La Historia debe
enaltecer el nombre del Monarca
que procuró a su espada mil conquistas
y lleva su corcel libre de frenos...

~~SUBER~~

JUAN II.-...Y humilde va, llamando a cada puerta,
-omnipotente como es,- en busca
de la amarga verdad sobre el ingrato
que, llevando su sangre, no vacila
en salpicar su rostro de improperios.

NOGUERAS.-¡Queréis vos la verdad? ¡Qué más quisiera
sino seros, señor, útil un día!

JUANA

ENRIQUEZ.-Perdonadle...

JUAN II.-

Si en cárceles oscuras,
nidales de serpientes, sus traiciones

JUAN II.- Cuarenta diputados lo pidieron del reino de Aragón. ¿Cómo podía yo sospechar que un hijo, -malnacido, indómito y vesánico, - faltase a lo pactado y se arriesgara, alevé, a disputarme el cetro de Navarra?

NOGUERAS.-Y usurparía aún vuestra corona sin sombra de sonrojo. ¿Qué respuesta dió al mensajero, cuando le ordenaba darse por preso si evitar quería que Luis de Beaumont sucumbiese bajo el raudo silbido de una espada? "Tengo ya demasiados prisioneros y me estorban. ¡La vida de Beaumont, por la de todos ellos!" Y quisísteis cortar de un solo golpe la osadía: "Jamás al de Viana, vivo o muerto, quiero ver ante mí. Si hay quien le hund^{da} en el pecho un acero, tendrá en pago una bolsa de plata con doscientos florines de oro. ¡Y ay del que se atreva solo a hablarme de él. ¡Seré implacable!"

Recordadlo, señor.

JUANA
ENRIQUEZ.-

Tened clemencia
para el pasado y para las flaquezas
del porvenir.

NOGUERAS.-

Hay más. Con Catalina
de Portugal no quiere ya casarse,
faltando a vuestras órdenes. Y un pacto
concertó con Castilla para, unidos,
robaros la corona aragonesa.

JUAN II.- ¿Algo más?

NOGUERAS.-

Sí. Con Blanca, vuestra hija,
en secreto dispone la revuelta
de Navarra.

JUAN II.-

¿Y el Conde Foix?

JUAN A
ENRIQUEZ.-

Las uñas
afila ya, señor, por defenderos.
Pero hay también quien guarda, sin reposo,
vuestra vida preciosa, firme y dura
como una roca, y luminosa y limpia
como la estrella que en el alba luce.

~~ENRIQUEZ ENRIQUEZ~~

Hay quien oye los íntimos latidos

de vuestro corazón y lo coloca,
calladamente, en cáliz de azucena.

¡Hay quien, en vuestra tienda, vela el
sueño
de su señor y Rey, como una esclava!

JUAN II.- (Contrariado en su soberbia)

Gracias, Juana.

JUANA

ENRIQUEZ.-(Sagaz en la alabanza)

¡Qué inmenso, incalculable,
vuestro valor, como el de Julio César!

(Pausa corta)

JUAN II.- Hoy morirá Don Carlos.

ENRIQUEZ.-

Cataluña,

como un brazo de hierro, se alzaría
dispuesta a aniquilarnos.

NOGUERAS.-

Es un pueblo

de bárbaros, señor.

JUAN II.-

Yo tengo fuerzas

para obligarles a morder el polvo
y convertir su campo en una hoguera.

JUANA

ENRIQUEZ.-Señor, mi voz vacila cuando veo

vuestro rencor. Pensad que cada gota
de sangre de ese hijo, cada noche,

como llama siniestra, alumbraría
fantásticos fantasmas de ojos verdes,
con
con un puñal al pecho y, ~~en~~ las manos,
en crispación constante, Yo os lo pido:
hacedle, Majestad, mi prisionero.

JUAN II.- (Con ironía cruel)

Nada, con él, podrían vuestras rejas.

JUANA

ENRIQUEZ.- Pero mis brazos, por milagro, pueden
transformarlo en sumiso. Hay entre Carlos
y yo todo un diálogo pendiente,
que no traspasará nunca ~~los~~ ^{las} lindes
del odio que hace tiempo nos separa.
Diálogo de silencios. El querría
hallar en mí el amor de aquella Reina
que fué su madre; pero nada dice.
Yo busco en él un hijo más...y callo.
Hacedle, Majestad, mi prisionero.

NOGUERAS.- (Celoso) Guardáos de su boca.

JUANA

ENRIQUEZ.- (Con intención) La fortuna
me haga cumplir, en tanto, mi palabra.

(Se oye un murmullo del pueblo que
se va acercando. Nogueras se dirige
al ventanal del fondo)

UNA VOZ.- ¡Pase al Príncipe noble!

OTRA VOZ.- El heredero
de Juan Segundo, bien venido sea.

VOZ DE MUJER.- Mira a mi hijo. Nuestras ^{cuatro} barras
serán sobre su pecho cuatro entorpes.

JUAN II.- ¡Ya disolví las Cortes!

NOGUERAS.- Nada os ata
para ejercer vuestro poder.

JUAN II.- ¿Quién pudo
urdir toda esta pompa a mis espaldas?

JUANA ENRIQUEZ.- (Yendo también al ventanal)

La Reina, mi señor. La Reina lo hizo
creyendo interpretar vuestros deseos.

JUAN II.- ¡Vos también me humilláis!

JUANA ENRIQUEZ.- Os salvo el trono
devolviendo a Don Carlos los honores.

Ved que el pueblo vigila: que es su ído-
-lo.
¿No escucháis? (Se oyen aclamaciones)

NOGUERAS.- Pero tiene la peana
sólo de arcilla.

CARLOS MANUEL FERNÁNDEZ SHAW

JUAN II.- ¡Yo la haré pedazos!

JUANA ENRIQUEZ.- (Con sincera expansión)



No, Juan Segundo; que otro hijo espera:
¡nuestro, hijo! Dejad que la peana
sea de plata y oro y pedrería.

Y cambiemos el ídolo sin lucha,
calladamente: que no advierta el pueblo,
-al fin rebaño,- nuestro juego astuto.

JUAN II.- Dejadme solo mientras llega el Príncipe.
Tengo curiosidad por ~~ver~~ ver si tiembla
cuando a su juez, más que a su padre, en-
-cuentre.
(Marchan Juana Enriquez y Nogueras)

UN HERALDO.-Don Carlos de Viena.

JUAN II.- Aquí le espero;
pero el séquito, no: cerrad la puerta.

(Entra Carlos y se arrodilla)

Perdonad si detengo mi acogida
en ese ~~umbra~~ umbral. En cada acompañan-
-te
veo un estorbo.

CARLOS.- (Interrumpiéndole, digno)

Mis amigos viven
mi propia vida; el mismo pensamiento
mueve nuestra bandera, que es la vues-
-tra,
y recordad, señor, cómo es sublime

la presencia de Dios.

JUAN II.- Pienso que, acaso,
mejor que ese vestido os corresponde
un hábito de lana o estameña,
y pronunciar discursos.

CARLOS.- *i* Por qué causa
me hacéis venir?

JUAN II.- *i* Qué prisa! No se vence
tan pronto en un combate. De este modo
reluce nada más la puñalada.

CARLOS.- Ni el combate me asuste, ni mi pecho
teme al puñal.

JUAN II.- *i* Soberbio todavía!

CARLOS.- Aquí ya me tenéis. Llevo en la frente
nieblas del ^{de} Montserrat que, como un nimbo,
me ciñó la montaña catalana.
Dentro de mí, camino. Fuerza alguna
me puede detener. Me siento puro
ante todos los hombres y no os niego
que ante vos mismo. Para mí es mi vida
obscura de grandezas. Para el mundo,
es acaso la mar tempestuosa,

CARLOS.-

Padre... ¡basta!

JUAN II.-

En vos todo es ingenuo. Perdonadme
si antes os ofendí. ¡Oh, qué vergüenza
escuchar las palabras que, a diario,
punzaron mis oídos! ¡Y estos ojos
que, en vez de alzar al alto sus pupilas,
miraban hacia un pozo corrompido
y no supieron ver el agua pura
de vuestros pensamientos!

CARLOS.-

Basta, ¡basta!

¡Cuánta miseria!

JUAN II.-

¡Le llaméis miseria

a esta conversación amable?

CARLOS.-

(Valiente)

¡¡Basta!!

¡Más burlas, no! Podéis cruzarme el rostro
-tro,
porque mi padre sois, y es ese nombre
sagrado para mí; mas no engendrásteis
en mí ser un idiota sino un Príncipe,
¡que no tolera al Rey, con ser su padre,
una palabra más que le escarnezca!

JUAN II.-

¡El Príncipe caerá pulverizado
como un gigante colosal de arcilla!

CARLOS.- ¡Carlos de Viana espera la sentencia ostentando la cruz de Doña Blanca!

JUAN II.- ¡De vuestra madre! No enlodéis la estela de luz de su recuerdo. No se ~~arroja~~ arroja con más fiereza un buitre sobre un cuerpo que es ya cadáver, que os lanzáis ~~al~~ ^{ALCEGA,} a profanar un nombre venerado!

CARLOS.- (Muy enérgico)

Escuchadme, señor. De un Monasterio guarda una obscura celda las palabras de una mujer para quien se inventase, de no existir, la condición de santa. Imperceptible lucha de dolores...

Un estertor. La imagen de la Muerte, fosforescente, rígida, terrible, al costado del lecho, comprobaba, con sus garras, el pulso de mi madre. Rezaba un dominico. Vos, en tanto,

¿En donde estábais?

(Juan II intenta hablar)

Sí. Ya sé que el águila hiende sola las crestas de las nubes.

¡Mas también el gusano, al ras del suelo,
rastrea sólo entre la bruma! ¡Oídme!
Ya en la agonía, de los lirios blancos
que eran los mustios labios de mi madre,
brotó la inolvidable despedida:

"¡Desventurada raza, la de aquellos
que luchan por absurdas vanidades,
o por venganzas, odios y caprichos!
La vida es un jirón de sueño. Luego,
los candelabros y la cruz. Y el alma
rumbo hacia Dios, la Gran Bondad, que es-
-pera.
Te deje la corona. Mas de ser digno
del pueblo que te ama; pero júrame
que no deshonrará tu diestra el arma...
que pueda convertirte en parricida,
si es discutido tu derecho. En cambio,
defiéndelo sin miedo, humildemente".
Y con los ojos, -porque ya la boca
muda quedó, por siempre, - repetía
sus consejos, en lágrimas bañados.

JUAN II.- (Con sarcasmo brutal)

No más gesticuláis; que vuestre cara

tomó el aspecto de un grotesco simio,
y hasta al más infeliz de mis soldados
moveríais a risa.

CARLOS.-

¿Sois un lobo?

¿Sois una hiena? ¿O en el pecho hicisteis
sepulcro a un corazón que yace dentro?

JUAN II.- Soy el Rey, y contemplo cómo pasan
ante mí la mentira y el sarcasmo,
con máscara engañosa de cilicios.

CARLOS.- Mi voz, señor, no tiene más que un nom-
-bre.
Como el rayo desgarrar los nublados
que, cárdenos, cabalgen sobre el trueno,
mi voz rasga la red de las mentiras
y, diáfana y heroica, resplandece
con su sinceridad indiscutible,
a pesar de las zarzas del camino
y de la sangre que en mis venas hierve
y de mis ojos que, sin tiento, miran
a lo hondo de mi pecho.

JUAN II.- (Otra vez con ironía) Ya he sabido
de una Infanta que espera vuestros can-
-tos

a la luz de la luna. Sois poeta
y habláis tan bien que a vuestra voz se
palabras y conceptos. Yo me temo ^{inclinan}
que os sentará eso mal. Tantas victorias,
~~XXXXXXXXXXXXXX~~
- amor, batallas, amistad, fortuna, ~~■~~
inteligencia... ■ ¿aún más? Y la osadía
de vuestra juventud. ¿No sois muy jóvenes? -
no os pueden sentar bien... ni a mí tam-
-poco.
He llegado a temeros. Vuestro orgullo
y mi orgullo no caben bajo el manto
de un cielo tan pequeño. Todavía
sois el más débil; y antes que mi brazo
tiemble falta de fuerzas, -perdonadme,-
debo poner sanción a vuestro insulto.

CARLOS.- Siento a mi alrededor la luz vibrante
de libertad.

JUAN II.- ¡Rojiza llamarada,
que a un gesto mío ha de volverse negra!

CARLOS.- Sea negra la luz; y la hora emerge
que a vuestros pies me trejo, y este
abrupta
enrocijada que convierte ahora
mis claros pensamientos en enigmas.

Hablásteis de una Infanta castellana.
Me la dá Enrique Cuarto. Y me asegura
Carlos el Noble el reino de Navarra.
Y, si por voluntad del Rey Alfonso,
primogénito soy de Cataluña
y de Aragón, aún puedo, con justicia,
añadir una estrella a mi corona.

JUAN II.- ¡Si yo no estoy aquí para impedirlo!

CARLOS.- ¡Mi espada entonces abrirá la ruta
de mi deseo!

JUAN II.- ¡Bravo! Así quería
volver a veros: otra vez rebelde.

CARLOS.- Otra vez, ¡y cien mil que hagáis conmigo
una injusticia!

JUAN II.- Bien. Pues, para eso,
os ordené venir. Oídme ahora.
El Príncipe Fernando, el solo hijo
que tengo, - pues que vos nunca lo fuís-
se casará con Isabel. La espada -teis,-
que brilla en vuestro cinto será puesta
bajo sus pies el día de la boda.

¿Y sabéis mi proyecto? Cuando casen

Fernando e Isabel, - la bella hermana
del Rey Enrique Cuarto de Castilla, -
¡destituir a Enrique!

CARLOS.-

¡Oh, miserable!

Perdón, Dios mío; que perdí la calma
y siento a flor de piel la rasgadura
de mi cuerpo de arcilla, y he cegado
de bojar por el mar del sufrimiento.
¡Con la fé que en vos puse!

JUAN II.-

La fé es sólo

una mentira azul. Ya nadie puede
abatir mi firmeza.

CARLOS.-

Sin razones,

¡cuánta esterilidad!

JUAN II.- (Llamando)

¡Aquí, Nogueras!

(Entra Nogueras con gente armada)

Daos preso. Comienza a dar sus frutos
la redada.

(Carlos quiere hablar)

El pensamiento es mío
y pongo entre él y vos una mordaza.

CARLOS.-

¡Padre! ¡qué fué de vuestra real promesa

que me obligó a dejar, rando, Mallorca?
¿Qué es del derecho de la Patria nuestra
que hace Augusta la llama de las Cortes?

JUAN II.- Sobre sus restos la traición solloza.

CARLOS.- ~~¡Padre, con este brazo~~ ^{sabéis de cierto que mi} brazo
jamás, aunque pudiese, aceptaría
combatir contra vos. ¡Vuestra venganza
rasgar no puede vuestra misma carne
ni la sangre verter de vuestro hijo!

JUAN II.- Acaso vuestra sangre, en tierra estéril,
haga brotar un borbotón de rosas.

(A un gesto del Rey, se llevan preso a Carlos de Viena. Juan II, solo, queda pensativo, como si la detención del Príncipe hubiese sido una impremeditación. De pronto, resueltamente, dice:)

¡Nogueras!

(Aparece Nogueras)

NOGUERAS,- ¡Mi señor!...

JUAN II.- ~~¡Nogueras, abre la puerta franca,~~ La puerta franca,
para los caballeros que ahí esperan.
No te alejes.

NOGUERAS.- Cumplí vuestros mandatos.

Ya caminando va hacia tierra extraña

el fraile audaz. El pueblo...

JUAN II.-

¿qué?

NOGUERAS.-

Protesta

de modo airado.

JUAN II.-

Bien está. Rehusa

complacer a su Rey. Haz esta tarde

que olvide entre vistosas luminarias,

bailes alegres y cancionas lindas.

(Marcha Noguerras. Entran el Conde de Pallars, Torrocella, Ramón de Montoliu, Pedro Queralt y Ausias March.)

JUAN II.-

Señores, perdonad. La larga espera fué no más resultado lamentable del gran dolor que sufro. El Rey demanda olvido y compesión.

QUERALT.-

Dura tarea

la de reiper. La prueba más difícil a que Dios puede someter a un hombre.

JUAN II.-

Cuando el manto de púrpura es la fuerza a la que cada súbdito confía el calor hecho luz del pensamiento y el brillo de las armas, son el manto

y el solio,- símbolos de la realeza,-
gracias con las que Dios, desde su altura,
premia a sus elegidos.

QUERALT.-

Nadie dude,

señor, de tal merced. Pero el demonio
busca más un buen Rey que un desgraciado.

JUAN II.- (Airado)

¡No le tengo temor al fuego ardiente
de los ángeles malos! ¡Sí a la baba
de los grandes ^{trai} ~~mal~~dores!

(Pausa angustiosa) También tiene
sus flaquezas el Rey. Vuestra presencia,
¿solicita de mí merced alguna?

AUSIAS
MARCH.-

Ciego estará quien todos los favores
de Dios no los aguarde.

JUAN II.-

Son los ecos

de vuestro buen hablar, diseminado
en perlas de dolor, tan estimables
para mí, que os quisiera tener siempre
delante de mi hogar, ~~como un estorbo~~

Seréis poeta de mi Corte. ^{¡oh, buen refugio!}
~~poeta!~~

AUSIAS
MARCH.-

Gracias.

¿Y el Príncipe?

JUAN II.-

¡Su Alteza es prisionero
del Rey!

TORROELLA.-

¡Señor!

PALLARS.-

La lengua arrancaría
del felón que os adula, solamente
para lanzar cobardes imposturas
contra un hombre sutil, digno y honrado,
puro de cuerpo y alma.

MONTOLIU.-

¡Qué delito
vuestro enojo movió? Varó² más noble
jarás encontraréis sobre la tierra.

JUAN II.-

Seis la amistad que habla. Yo querría
también mirarle con los ojos vuestros;
no con los míos, ¡ay!, que penetraron
hasta el oscuro fondo de su alma.

ASI AS

MARCH.-

En una cueva, ¡qué razón no sufre?

JUAN II.-

Es sangre mía y pensamiento mío
entre basura. Carne de mi carne.

¡Orgullo! ¡Qué tragedia! ¡Habéis sabido
la traición de este hijo?

QUERALT.-

Solamente

sé, mi señor, que ampara al hombre libre
y escribe cosas bellas. Ha elevado
un santuario a la amistad. Y hace
de su pueblo un espejo...

JUAN II.- (Para sí) ¡Siempre el pueblo!

QUERALT.- En su mirada la virtud fulgura.

JUAN II.- ¡Qué sabéis vos!

QUERALT.- Su confesor es habla.

PALLARS.- Dejadnos, mi señor, a nuestro Príncipe.
Que le juzguen las Cortes. Para eso
son soberanas.

JUAN II.- Desde hoy, no. Las Cortes
ya están disueltas.

MONTOLIU.- Solo haré dos horas.

JUAN II.- Si veloz corre el tiempo y nunca vuelve
paso atrás, no querréis que yo detenga
la marcha inexorable de las horas.

MONTOLIU.- Nuestra Constitución es inviolable.
Seis horas no han pasado. Todavía
tienen poder para dictar sus leyes.

JUAN II.- (Imperativo)

Soy el Rey que a unos súbditos les habla,

y, a la vez, les ordena que hoy las Cortes

~~sean~~ en Lérida cerradas *permanez-*
can.

MONTOLIU.-Mirad, señor, que somos catalanes

¡y que la sangre todos verteríamos
antes de ~~perder~~ *renegar* de nuestra raza!

PALLARS.- Señor... (Iniciando la retirada)

AUSTIAS

MARCH.- Señor....

QUERALT.- Su libertad rogamos.

PALLARS.- No os fiéis en la fuerza de las garras.

JUAN II.- Id en paz. Dios os lleva. ¡Qué fatiga!

(Acaban de marchar los amigos del Príncipe cuando Juan II entra en su cámara. Aparece Brianda. Se detiene en el umbral de la puerta, pálida y temblorosa. Mira a un lado y otro con desconfianza. Sale también Juana Enriquez y se hallan frente a frente las dos mujeres.)

JUANA

ENRIQUEZ.- ¡Tú, aquí?

BRIANDA.-

¿Es maravilla? Como un perro que, rabioso, ante nada se detiene, salto en la noche; creo que mi sombra quiere estorbarme el paso... ¡y la atropello!
Y por las calles voy hablando sola;

y me paro y me escondo y me escabullo...

JUANA
ENRIQUEZ.- ¡A qué viniste? [te!

BRIANDA.- ¡A ~~no~~ fingir! Os ruego
la libertad de Carlos. Si os parece,
de rodillas y en cruz. Si los oídos
cerráis a mi dolor, ¡exijo entonces
la misma libertad!

JUANA
ENRIQUEZ.- Eres valiente.
Yo había visto en tí la mujercita
recatada y ~~recatada~~ ^{humilde}, que soñaba
con un idilio de color de rosa.

BRIANDA.- No os ⁿchacéis de la mujer que lleva
dentro del ~~corazón~~ ^{pecho} el odio.

JUANA
ENRIQUEZ.- O la locura.

BRIANDA.- No os fiéis, sin embargo. Es peligrosa
la demencia, si es cauta y reposada.

JUANA
ENRIQUEZ.- En tus locos caprichos no hay grandeza.
No eres más que una hembra que mendiga
del ^{amor} Príncipe el amor.

BRIANDA.- El amor mismo
a que vos aspiráis, sustituyéndolo

con el de otro hombre, vil y repugnante,
que, envanecido, deja en vuestro labios
su baba de escorpión.

JUANA

ENRIQUEZ.-~~XXXXXXXXXXXX~~

¿Cómo te atreves

a hablar así a la Reina?

BRIANDA.-

¿Vos, la Reina?

Yo diría mejor: "a la madrastra".

JUANA

ENRIQUEZ.-Tu ofensa perdonara si creyese

que te cegó el amor. Pero más digno

que tu efecto es mi nombre.

BRIANDA.- (Suplicante)

¡Ved, señora,

en mi semblante, un rictus que proclama

que seporto un dolor desesperado!

JUANA

ENRIQUEZ.-Fuera del tiempo y de la vida, inútil.

BRIANDA.- La libertad del Príncipe me guía.

JUANA

ENRIQUEZ.-En poder de la Reina, puede el Príncipe

ver que el rencor, la envidia y el orgullo

le hicieron ser odioso. Y yo, indulgente,

si él sabe arrepentirse, le libero.

BRIANDA.- (Agresiva)

En poder de la Reina, moriré

bajo el oprobio de un ~~veneno~~ veneno *puelto*.

¡A eso vine! ¡A arrancarle de las garras
en las que él mismo, sin querer, se inmo-
-la!
¡A eso vine! ¡Por él! Si tenéis armas,
defended vuestra presa: es la disputa
de mujer a mujer.

(Luchan las dos)

JUANA
ENRIQUEZ.-

¡A mí, los míos!

(Aparecen guardias, Nogueras y las
tres Damas. Aquellos contienen a
Brianda,)

¡Quieta ya, desgraciada! ¿No decías
que un gran dolor te señalaba el rostro?
Con tu puñal ahora ya pudieras
marcar sobre tu piel un vil estigma.

(Lanza al suelo el arma que había
arrebatado a Brianda,)

Podrías, como a Carlos, entre rejas,
hacer brotar la sangre de tu cuerpo;
mas quiero, -ya lo ves,- ser indulgente.
Serás pasto de todas las lujurias
y despojo de todos los excesos.
Gaminarás errante por el mundo
sin que jamás se abran a tu paso

ni puerta ni cancel de gente honrada.

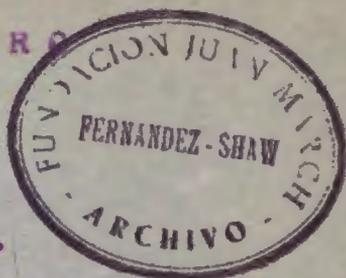
¡Sólo la de burdel!

BRIANDA.-

¡¡Maldita seas!!

(A un gesto de la Reina, los soldados se llevan a Brianda, mientras que se cierra rápidamente la cortina.)

=====



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

Prisión en Morella.

(Entran el Conde de Pallars y el Carcelero)

CARCELERO.- Su Alteza escribe y lee. Apenas habla.
Dos meses hace que está aquí y ha hecho
gala de su dolor; de tal manera
que ^a su arrepentimiento una...

PALLARS.- ¡Callaos
antes de blasfemar!

CARCELERO.- Señor, decía....

PALLARS.- Al Príncipe ofendéis, que nunca os tuvo
ningún rencor.

CARCELERO.- ¿Decís que le he ofendido?

PALLARS.- El no os guarda rencor, aunque a diario
sois vos el instrumento de la infamia
mayor que ha visto el mundo.

CARCELERO.- (Con humildad) Perdonadme.

PALLARS.- Decid que el Conde de Pallars le espera.

(Marcha el Carcelero. Pausa. Entra
Carlos de Viana,)

CARLOS.- (Abrazándole)

¡Mi Conde de Pallars!

PALLARS.- (Con una gran emoción) ¡Príncipe!

CARLOS.- ¡Vamos!

Dejad que sólo lloren los vencidos
o los cobardes, o los desgraciados
que en el silencio adusto de la cárcel
no ven a Dios.

PALLARS.- ...O aquellos que en el pecho
no albergan la alegría.

CARLOS.- ¡Cómo suenan
dentro del pecho las palabras vuestras
de amistad, con eterna melodía;
como un sueño de finos cascabeles
que rebotan ternura! Y ese afecto
y el de esos otros seres tan queridos,
que se afanan por mí, ¿qué son, en suma,
sino mi gran orgullo?

PALLARS.- A libertarios
venimos hoy, señor,

CARLOS.- En ~~Y~~ *el encierro*

de estas paredes negras, donde el agua
gotea sin cesar, - como las horas

amargas de un tormento o los cilicios
que al pensamiento sin piedad se aferran-
he conocido, como no creía,
la pequeñez del necio que en mí vive.

PALLARS.- Demasiado abatida vuestra alma,
en vano busca un crimen que no ha hecho.

CARLOS.- Para juzgarme, yo me bastaría.

PALLARS.- Quien os juzgara, debería antes,
como yo, haber seguido vuestros pasos
en Fraga, en Zaragoza, en la ignominia
de Miravet, besando vuestras huellas,
compartiendo dolores y silencios....
y entonces, como yo, juzgar podría
de vuestra santidad.

CARLOS.-

O de la risa

que, dentro de mi pecho, rueda y rueda
ante un mundo que nunca he comprendido.
Luchaba con mi misma incertidumbre;
y era mi angustia ver que, en el comba-
-te,
fuese quien fuese el vencedor, caería
algo de mí. ¿El mejor? Sin duda, el hom-
-bre.

PALLARS.- Siendo así, nuestro aliento y nuestro
brazo

elevantan otra vez al Príncipe.

CARLOS.- Vedme dormido y sonriente. Firmo este gran pensamiento ajeno: "Nada me repugna en la vida como el hecho de ser humano". Acaso vuestro ^{impulso} ~~impulso~~ me arrastraría hasta las altas nubes y fuese un jirón más.

PALLARS.- No es ofenderos; mas no nos comprendéis. Solo invocaba vuestro dolor el nombre de las Cortes aragonesas. Y los catalanes, de aspecto adusto y de lenguaje áspero, bebimos el dolor de vuestra boca e hicimos nuestra causa de la vuestra, y al fin, puestos de hinojos, ofrendamos nuestro indomable orgullo a vuestro padre por ser quien es, y tal como es, Rey nuestro.

JUANA ENRIQUEZ.- (que aparece acompañada de Nogueras)

¡Mientras quiera la Reina!

PALLARS.- (Sorprendido) Profanaba

la Reina nuestros fueros.

NOGUERAS: -

¡Deslenguado!

Su manto real...

JUANA
ENRIQUEZ.-

¡Nogueras!

NOGUERAS.- (A la Reina, ofreciéndole gentilmente la vida del Conde de Pallars,)

¿Qué diríais

si ahora besara vuestros pies, señora?

JUANA
ENRIQUEZ.- Dios guarde a Carlos de Viana.

CARLOS.- Sólo

le guarda Dios.

JUANA
ENRIQUEZ.- ¿Porqué me ~~odias~~ *odiais sin tregua?*

CARLOS.- Odio tan solo la palabra escrita
que dice la verdad. Y la aborrezco
con toda el alma.

JUANA
ENRIQUEZ.- ¿Es ira o es encono?

CARLOS.- Odio dije no más. Porque en mis sueños
forjé unos hombres nobles y valientes
como centauros, puros como estrellas...
Y hoy los veo, señora, que caminan
mostrando al descubierto, impunemente,
sus calaveras, sus instintos. De esos
son, a mi ver, mi padre y vuestro hijo.

JUANA
ENRIQUEZ.- ¡Tal insolencia castigar debiera!

CARLOS.- Vuestras obras, quizás, serán mejores si me escucháis. Es fácil. Levantáos bien de mañana. Rezaréis tres horas y oiréis con devoción y arrodillada un par de misas. Llevaréis los viernes vestidos negros y tendréis tan sólo por lectura las vidas de los santos. Os privaréis de la costumbre fea de maldecir. Haced que vuestra dama sea, siguiendo vuestro ejemplo, augusta. No procuréis jamás con malas artes aumentar el caudal de vuestros hijos. Si son valientes y, además, honrados, bastante tienen. Y, si son indignos de todo, fuera injusto y vergonzoso dejarles tanto...

JUAN A
ENRIQUEZ.-

¡Loco estáis!

CARLOS.-

Y, en suma:

meditad esta tarde el colorido que irá mejor al de la Muerte: el negro... o el amarillo de un veneno.

NOGUERAS.-

Nunca

os ví tan enigmático delante
de vuestra Reina.

CARLOS.-

Más que el agua clara
mi pensamiento es. (A Nogueras)

Como un espectro
surgió de la caverna de mis dudas.
Deseáis liberarme. Lo adivino.
Lo presiento, además. Gracias, señora.
Mi libertad, como una alondra, vuela
por los jardines.

JUANA

ENRIQUEZ.-

Vuestro Rey me envía,
harto de sufrimientos,-porque es padre,-
a ofrecer su perdón.

PALLARS.-

Condicionadlo.

CARLOS.- (A Pallars)

Ni pacto ni vencido. ¿No lo oísteis?
De par en par las puertas se me abren.
¡Vamos!

NOGUERAS.-(Lentamente) Alteza: solamente falta
vuestra firma.

PALLARS.- (Rápido)

No. ¡Falta solamente
la voluntad del pueblo!

CARLOS.-

Mejor dicho:

la voluntad de Dios.

JUANA

ENRIQUEZ.-

Porque os aprecio,

dejé en estos umbrales la realeza
de mi manto de púrpura. Juzgarme
podéis a vuestro arbitrio.

CARLOS.-

(Interrumpiéndola)

Fuera inútil.

Mis pensamientos ya son endiablados
y arde en mi pecho todo un basilisco.
Os despojo del manto y de la púrpura
y solo queda el odio.

JUANA

ENRIQUEZ.-

yo he venido

a salvaros. yo quiero sustraeros
de este lugar.

CARLOS.-

agradecido. ¡Vámonos!

JUANA

ENRIQUEZ.-Vuestra soberbia os hace ser indómito.

NOGUERAS.-¡Y poco adicto al Rey!

CARLOS.-

¿Cómo? (A Noguerras) ¿Quién

eres
que osas mirarme de hito en hito? ¿Olvi-
des

que se agazapa un crimen repugnante,

lo mismo que un reptil, en tus entrañas?

NOGUERAS.-¡Ira de Dios!

PALLARS.- (Dispuesto a defender al Príncipe)

¡Señor!

JUANA
ENRIQUEZ.-

¡Basta! Confieso

que sangran aquí dentro los fustazos
de vuestra cobardía. Yo era sólo
la Reina generosa, que imploraba
clemencia para vos todos los días.
Para vos, que no habéis tenido arrestos
para decirme, como yo esperaba,
todo lo que pensáis de vuestra Reina.
Pero yo os lo diré: soy la madrastra
que busca y cerca el corazón del Príncipe
para después hacerlo mil pedazos.
Así pensáis, y me escupís al rostro
palabras de lamento y de locura
que os dicta sólo vuestro desvarío.
Y yo soy muy distinta. Con el tiempo
~~ninguna~~
me juzgará la Historia. Bien conoce
vuestra debilidad. Vos no sabrías
tampoco solo gobernar.

PALLARS.- (Airado)

El duque

de Peñafiel...

CARLOS.- (Rápido a la Reina) Dejad al Rey, señora.

JUANA

ENRIQUEZ.- Por mi interior camino solitaria.

Nada me aparta ya del goce intenso
de sentirnos muy cerca de mi vida,
mientras marcháis por una ruta incierta.
Abdicad. Es mejor. Sois primogénito;
pero de nada os vale. ¡Sois tan débil!

CARLOS.- Habéis hecho mi elogio.

JUANA

ENRIQUEZ.- (Con orgullo) Os amparaba

la Reina. (Con desprecio)

Quedad solo.

CARLOS.- En este juego,
dispondrá mi destino.

JUANA

ENRIQUEZ.- ¿Qué respuesta

le doy, por vos, al Rey?

CARLOS.- Que calle el Príncipe -
cibe.

(Marchan Juana Enriquez y Moguezas)

PALLARS.- ¡Señor, muy cerca están doscientos hom-
-bres,

que esperan mi ~~señal~~ señal.

CARLOS.- En el naufragio
de mi dolor, la llama no vacila.

Lucharé mi ideal con la locura;

mi sangre correrá. Pero no quiero jamás huir.

PALLARS.- Será preciso entonces que retorzás la voluntad.

CARLOS.- No gusta mi voluntad de acometer andanzas en las que está el deber ausente. Fuera vergonzoso escapar como un cobarde cuando mi corazón arde con fuego que jamás conoció.

PALLARS.- Tiene la Reina, allá en el fondo de sus ojos, algo tenebroso, siniestro; como un hosco pensamiento asesino. La madrastra os herirá de muerte.

CARLOS.- ¿Y qué me importa morir ^{si} Dios me espera en su reinado de eternidad?

(Entra Brianda vestida de guerrero y envuelta en una gran capa ~~con~~ con cuyo embozo se tape el rostro).

BRIANDA.- A vuestros pies.

CARLOS.- ¡Brianda!

BRIANDA.- He seguido una senda de suplicios,
-corceles mis sentidos,- siempre alerta
para formar en sueños vuestra imágen.
Nada temí: ni el hambre, ni la angustia
de la persecución. En las tinieblas
de mi vida cruel, ¡cómo sentía
mi corazón unido al vuestro, oh Carlos!

CARLOS.- (Enamorado y con una gran admiración)
Pero ese traje...

BRIANDA.- Ved que no podía
estar más tiempo sin venir. A todos
divertía mi etroz desasosiego.
Perturbaría vuestra noche, y quieren
que vuestra vida sea noche eterna.

CARLOS.- ¿Y quién te dió esas ropas?

BRIANDA.- El poeta,
el caudillo, el guerrero, que ha jurado
ante mí y ante el pueblo, veros libre:
ausias March.

PALLARS.- Al conjuro de su grito
de guerra, nuestras armas se estremecen.
¡Volveré, mi señor!

CARLOS.- ¡Siempre la lucha!

FALLARS.- (Al marchar)

¡Por vos hasta morir!

CARLOS.- ¡Crucificadme!

BRIANDA.- (Lanzándose a los brazos de su amante)

¡Príncipe!

CARLOS.- ¡Amada mía!

BRIANDA.- Alucinada os miro nuevamente.

El sueño azul que borra cada día
las penas de mi vida, es transparente
para vos.

CARLOS.- ¡Oh, mi amada!

¡Cuánto añoré tu voz! Tu compañía
ilusoria, fué siempre mi consuelo.
Yo, en la noche estrellada,
mi pobre corazón fortalecía
pensando en tí... ¡porque miraba el cielo!
En mi rostro ¡as lágrimas sentía
que los hombres han puesto en tu mirada.
A solas con mi propia cobardía
iba, a ciegas, -sin más que los destellos
de tu amor,- por la senda desolada.

Y, si desfallecía, me acogía
a la noche ideal de tus cabellos.

BRIANDA.- La noche para mí se hacía día
en el rubí de vuestro pecho. Aquellos
que, al lanzarme puñados de basura,
saciaron contra mí su furia loca,
y vieron cómo una mujer apura
su cáliz de amargura,
-hiel y vinagre en la sedienta boca;-
aquellos que, tendiendo torpes lazos,
sin saber lo que sois para mí vos,
me negaban el bien de vuestros brazos
¡y me negaban el poder de Dios!
aquellos, mi señor, quedaron lejos.
Vos y yo, solos. ¡Nuestro amor, triunfan-
-te!
Y muy cerca, entre fúlgidos reflejos,
¡la libertad que os llama, palpitante!

CARLOS.- Deja que mire tu belleza hermosa,
que el dolor no ha podido marchitar.
Era belle cual tú la blanca rosa
que en mi prisión naciera por azar.
Yo te creé en mis horas de tormento

una vida irreal, sutil y alada;
y hoy, que de nuevo junto a mí te sienta,
vuelves a ser la luz de mi mirada
y la fragancia de mi pensamiento.

BRIANDA.- Bien mío! En la prisión más elevada
o en la más baja y lóbrega, mi anhelo
sólo es estar con vos, aunque sufriera
rigores mil sobre el ingrato suelo
o una dolencia me asaltase, fiera;
que, si os di juventud y un alma pura
y, poco a poco, hasta la vida entera,
vos me disteis...

CARLOS.- Yo, nada. Una ternura
que en el fondo del alma repetía
una palabra: amor. ¿De qué manera
yo te quería? ¿A la palabra? ¿A tí?
Acaso me movía la ufanía
de abarcar una eternidad así,
para, de mi albedrío
hacerla esclava, y no saber porqué.

BRIANDA.- De vos mi eterna esclavitud ansío;
en vos puse mi fe.

Y, si es un bello engaño todo este,
dejad que el alma mía goce ^{en tanto,} ~~en tanto~~
¿Eternidad dijisteis? ¡Por supuesto!
¡Maravilloso e indecible encanto!

CARLOS.- ¡Oh, bríanda! ¡mi afán y mi ventura!
¿Qué caricia sonora
hay en tu voz? y en tu mirada pura,
qué claridad de aurora,
como de un nuevo mundo que fulgura?
Siento el deseo de fundir mi vida
con la tuya, juntando nuestras penas;
de ver tu suerte a mi fortuna unida
¡y de llevar tu sangre por mis venas!
Siento la angustia de mi corazón
que se abre, como rosa en su rosal,
bajo la bendición
de tu voz celestial,
que es algo más que aroma de mujer:
perfume de infinito porvenir,
de más allá, de ser y de no ser;
de vivir para el gozo de querer
¡y de, luego, morir!

BRIANDA.- ¡Carlos mío! ¡Señor!

CARLOS.- De madrugada,
la flor del alba en tus mejillas nace.
De madrugada, entre las olas yace
la noche, con diamantes estrellada;
de madrugada, la sutil mirada
del pájaro comprueba, deleitosa,
que su gorjeo transformó en dorada
la playa que era de color de rosa.

BRIANDA.- ¡Oh, Carlos, qué daría
por ~~no~~ no escuchar sino tu voz amada!

(Subitamente, Carlos palidece y se
reclina en Brianda.)

¡Mi señor!

CARLOS.- No. No es nada.

Un instante de ahogo, de agonía...

De muerte...Una opresión, aquí en el pe-
-cho.

BRIANDA.- (Solicita, enjugándole el rostro)

Sentáos, mi señor.

CARLOS.- ¡Bendita sea
tu mano, Brianda!

BRIANDA.- El lecho
te conforte.

CARLOS.- Lo mismo que una tea
arde mi corazón. Emocionada,
suspiros junto a mí.

BRIANDA.- Porque en vos miro
el amor de mi amor.

CARLOS.- ¡Mi dulce amada!
aquí, en la obscuridad de mi retiro, ~~me~~
reposa sin cuidado y en silencio.
¡Qué dolor otra vez!

(Brianda, arrodillada, le mira fijamente).

No. Ya respire.
Tus manos, que acaricio y reverencio,
-bellas manos que saben implorar,-
son, cruzadas,
gardenias nacaredas
que velan mi doliente declinar.

BRIANDA.- ¡Carlos! ¡Señor! ¿qué hada encontraría
que me llevase al lado
de ese dolor que os punza todavía?

CARLOS.- Pon tu oración, y tu dolor callado,
en la Virgen María
y ella te llevara, como a una santa.

o un niño, de su mano protectora,
por senderos de lirios donde canta
un coro de aves que a su Dios adora.

BRIANDA.- ¡Huyamos, mi señor!

CARLOS.-

¿Huir ahora?

Si soy feliz, ¿porqué? Nada me espanta,
porque tú me animaste con tu aliento.
Soy aura del que he sido;
música, resonancia... En tu sonido
tan transparente, yo me transparente.
¡Nube soy, que dá al viento su quejido
por una brecha azul del firmamento!
Ni espada ni corcel. Quizás, quimera.
Todo espíritu. Llame renacida.
¡Soy una hebra de tu cabellera
sobre el pasado inerte de mi vida!

BRIANDA.- ¡Príncipe triste! En la ansiedad de show-
-ra,
yo recuerdo mi primer suspiro;
y el gemido y la luz que, en buena hora,
convirtiéronme en madre; y el zafiro
y el jaspé y la amatista y el brillante
de vuestros besos. ¡Oh, qué hermoso in-
-fante

el que me disteis, a quien mis desvelos
vieron crecer, amante!

Y mientras vos, en dilatados vuelos,

nos olvidábeis, el amado niño

de piel de seda, albérchigo y cereza,

era carne de arrullo y de cariño,

toda delicadeza;

eco de un canto lírico y sutil.

Más tarde, su ~~orgullo~~ arrogante fortale-
-za
le dió estampa y empaque veronil;

y hoy se parece a vos, porque es gentil

x su mirada tiene lejanía.

Mas todavía

triumfa en su risa el júbilo de abril,

que es promesa, ilusión y algarabía.

Gracias a él fué mi dolor más leve,

menos amarga mi melancolía;

y por él, -juego y brincos, rosa y nieve,-

se embelleció la carga

de mi existencia triste

que, sin vos, era demasiado larga.

CARLOS.- Santa mil veces fuiste.

BRIANDA.- Por vos, por él, fui todo: calorífico
y llamerada; corderilla y loba.
Mas, al tratar de defender lo mío
si una alimaña ~~artera~~ me lo roba,
soy celosa del bien que solo ansío;
celosa de apurar la sed de amor
que mi alma, enamorada y loca, siente;
¡esta sed de cariño y de fervor,
que yo retengo apasionadamente!

CARLOS.- Porque mi vida ya se convertía
en inútil despojo del combate,
-náufrago en brazos de la mar bravía,
víctima que se abate;-
porque me eran vedadas la alegría,
la esperanza en mí mismo y la energía,
hoy hasta mí has venido, iluminando
la lobreguez de mi prisión oscura
con la luz tibia de tu frente pura.
¡Oh, amada mía, que has venido cuando
era mi salvación y tu momento!
Pálida perla de mi pensamiento,
que mi hijo envolviste en ricas vendas:

impulsa y mece con tu aliento el mío;
suspiro leve, brisa del navío
de amor y de dolor que, fuerte, mandas.

LA VOZ DEL

G. DE PALLARS.- ¡Uno más! ¡Qué más dá! La muerte
arrolla.
(Entran el Conde de Pallars, con la
espada sangrienta añ, torroella
y gente armada)

PALLARS.- El carcelero bota en las calderas
del infierno. ¡Beh! Carlos de Viena:
(¡mended, que a vuestras órdenes estamos!
¡adelante, Rey nuestro!

CARLOS.- (Gon mucha naturalidad) *¿*¿Quién es trae?

PALLARS.- Vos, señor.

TORROELLA.- Hoy la madre dejó el hijo
junto a la lumbre. Y, a su esposo, el novio
en la blancura nítida del tálemo.
El sacerdote, la hostia que tenía
que consagrar. Le dádivo, el mendigo.
Todos a una, en multitud hambrienta
de libertad, bendicen vuestro nombre
y os gritan, llenos de emoción: - ¡Ahora!

CARLOS.- ¡Ahora! Cuando siento que la noche
expire desgarrada y sin estrellas,

mojada en sangre! Ved. No queda nada.
Brotó la luz en mis pupilas ciegas
y quiero conservarle avaramente.

PALLARS.- Como un reptil, devora Juan Segundo
lo que es nuestra ilusión, lo que lleva-
dentro del pecho todos: ¡Cataluña! ^{-mos}
Vos, Carlos de Viana, libertarla
del opresor debéis.

CARLOS.- Y, ¿quién podría
libertar esta fiebre, aprisionada
entre mi vida y mi razón caduca?
¡Bendita sombra de otra vida nueva,
sin luchas ni ambiciones, más *amable,*
que se abre ante mí! ¡Por ella, todo
mi corazón!

BRIANDA.- ¡Oh, no!

CARLOS.- (Tristemente) Debo el silencio
amar entonces.

BRIANDA.- No olvidéis que os ronda
la muerte. Yo la he visto que acechaba
por los rincones. Hace unos minutos,
señor, desfallecía en mis brazos.

TORROELLA.-El pueblo, hérito del silencio vuestro,
se atropella en las calles; y ya empie-
-zan
las piedras a silbar. ¡A qué esperamos?

(Dándole la espada a Carlos)

¡Por Cataluña!

CARLOS.-

(Tomándola, decidido)

¡Sí! Por Cataluña,

este acero otra vez mis pasos guíe.

Dios sabe que mi alma se rebela

al derramar más sangre y que mi pecho
es llaga viva. Pero ya no dudo.

Otra vez lucharé. ¡Padre! ¡Mi padre!

¿Por qué en mal hora me trajiste al mundo,
si habías de obligarme, por la fuerza,
a alzar la voz contra tu nombre?

(Se presenta, de súbito, el Rey con
gente armada)

JUAN II.-

¡Quietos!

UNA VOZ.- ¡Cataluña por Don Juan!

JUAN II.-

La fuerza

y el ardor no se extinguen en mis brazos.

Rey vuestro, aquí os emplazo y os maldi-
-go.

¡Ay, del que fía en harapiente obusma
y a su padre traicional! ¡Todos presos!

(Se cierra la cortina)

4

ACTO CUARTO

CUADRO PRIMERO

Plazoleta de un arrabal de Barcelona al caer
la tarde.

(El Chepa y Benito el Cojo están al
acecho paseando y, al mismo tiem-
po, conversando amistosamente)

EL CHEPA.-Yo te lo dije ayer. ¡No lo creíste!

"Seré el bufón de Carlos de Viana..."

Tengo una jiba que valdrá, lo menos,
novecientos florines. ¡Un tesoro!

Es Ausias March quien me hizo la propues-
el poeta que habla como un libro L-ta:

cerrado, que es como los libros hablan
mejor. Somos amigos. te lo dije.

Ya me tutea.

BENITO.-

Y yo toda mi vida

he sido amigo tuyo; cuando brilles
en la Corte, cual astro refulgente,
acuérdate de mí.

EL CHEPA.-

¡Búrlate ahora!

BENITO.- No eres un caballero con espada,
y, a flor de labio, la mentira ^{Lucas:} ~~es~~
Únicos caballeros de hoy en día.
Yo te creo. Y me agerro, por lo mismo,
a la curva gentil de tu joroba.

EL CHEPA.-Bromeas. Y, a fe mía, y de lo mucho
que juntos padecemos la miseria,
que tu pie cojo, sobre mi corcova,
puede valer como mil florines.

BENITO.- O mil cincuenta. Si el bufón tú eres,
yo el casebel sería. Y te aseguro
que sonaría de lo lindo.

EL CHEPA.-

Espera.

Dos mil florines...Mesa bien servida...
Convertirme en tejón y no hacer nada...
Llevar al lodo un cochinito... Acepto.

(Atraviesan la escena dos hombres
del pueblo, que hablen en voz ba-
ja; miran a Benito y El Chepa y
con desconfianza y desaparecen)

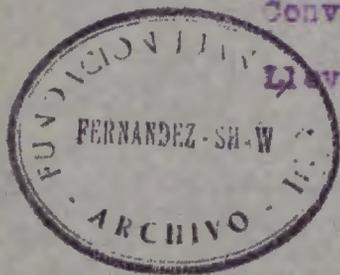
BENITO.- Esos gallofos...

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

EL CHEPA.-

Gente de la nuestra,
seguramente. Marchan recatados.

BENITO.- Y, al hacerte bufón, dime: ¿qué paga



de Galcerán en donde menos pienses.

BENITO.- Y, ¿para hoy?

EL CHEPA.- Tú correrás, sin duda.

Yo me pondré agachado ante una puerta
y se creerán que soy un fardo inútil.
No le ~~temen~~ al peligro. Mejor planta
tienes tú. Si estuvieses hoy casado
con una bruja, tu mujer ahora
tus huesos guardaría, y aun la sombra
de tus huesos.

BENITO.- ¡Irónica bravate
sobre tu chepa! Pruebas que olvidaste
las volteretas. Tienes miedo,

EL CHEPA.- Nunca;
llevo el puñal.

BENITO.- ¿Y qué hay de la revuelta?
¿Hoy mismo ha de estallar?

EL CHEPA.- Tienes buen ojo.
Te lo diré. Mas, por si acaso, ~~escucha:~~
Don Carlos de Viana, prisionero,
sufre de cierto mal; dicen que vela
su propio cuerpo, sombra de cadáver.

Se habla del aguijón de una locura
que punza sus sentidos; de un brebaje
que preparó la Reina. Son inventos?
Lo cierto es que el Príncipe Don Carlos
se pudre entre tinieblas; que nosotros
le queremos...tu y yo. que ya se agita
la sangre en nuestro pecho; que en la bo-
sentimos amargor, quizás de rabia, ^{ca}
y que esta noche se arma, te lo juro!

(Se oyen rumores lejanos)

BENITO.- Ese alboroto...

(Aparecen Ausias March y Ramón de Montoliu)

AUSIAS
MARCH.-

No escucháis el trueno?

¡La tempestad se acerca! Veinticuatro
galeras en las aguas se columpian
con carga de amenazas y de gritos.

(Dirigiéndose a los dos hombres)

¿El Chepa?

EL CHEPA.-
AUSIAS
MARCH.-

A vuestras órdenes.

Rasguemos

el silencio, invadido de letargo,
de nuestro Principado. ¡Ay, si despierta!

¡Nada detiene el rayo de sus huestes!

(Por Benito)

¿Este?...

EL CHEPA.- Un amigo; un bravo. ~~me~~ Yo lo fio.

AUSIAS

MARCH.- Vigilad...

MONTOLIU.- Juan Segundo tiene adeptos

todavía.

AUSIAS

MARCH.- ¡No importa! Son cobardes.

Los consejeros la respuesta aguardan
del Rey. Está en su puesto todo el mundo.
El dilema es clarísimo: del Príncipe
la libertad o la revuelta.

MONTOLIU.- El arma

se impacienta en el cinto. ¿A que se es-
-pera?

Dad el grito de guerra y, todos juntos,
de Galcerán de Requesens hagamos
abatir el orgullo.

~~MARCH.~~

A. MARCH.-

No olvidemos
que es el Gobernador. El buen sentido
de nuestro pueblo acate de las leyes
la autoridad hasta el postrero instante.

(Al Chepa)

Aquí, ¿todo tranquilo?

EL CHEPA.-

Los fantasmas

por las rendijas de la noche eúllan,

¡y a fe que mi puñal!...

AUSIAS

MARCH.-

No, todavía.

Son hombres nuestros que te vigilaban.

EL CHEPA.-

(Un sí es no es enfurrñado)

No soy poeta. Solamente, un hombre

que cumple su deber. Y la palabra

os empañé. Perdón, señor.

AUSIAS

MARCH.-

Brianda.

(Entra Brianda. El Chepa y Benito
quedan en el fondo, vigilando)

BRIANDA.-

La gente afina y apercibe dardos

para la lucha y, entropel de sombras,

del adversario el movimiento sigue

para herirle de muerte. ¡Qué delicia!

La venganza es así. ¡Todos a una!

Quisieron de mi sueño hacer prestíbulo

entre lágrimas, fango y sangre vive.

No lo sabéis. Al fin logré evadirme

del cúzulo de horas angustiosas
que a nuestro Carlos, lenta y brutalment^e
le oprimen. Yo le he visto. ¡Cómo sufre!
¡Dadme un rayo y veréis que, de la Reina,
solo queda un puñado de cenizas!
Carlos se muere. Y vive entre mordazas
el Conde de Pallars...

MONTOLIU.-

¡Cautivo, el Conde?

BRIANDA.- En Morella.

AUSIAS

MARCH.-

Dios mío, pisotes

el lirio que, entre cardos, es mi espíri-
si mi mano hacia Tí no me conduce.^{-tu,}

Ya os lo dije, Brianda, mi señora:

¡llama en todas las penas es incendio!

Alcemos bien en alto nuestra enseña,

que allí en los cielos vuela como un ala.

"¡Oh, Muerte, que es la dulce medicina

de tantos males y un remedio heroico

contra la adversa suerte, a tí me entre-

¡Mas, ay, cuando te invoco, cómo sabes^{-go!...}

eludir el encuentro!" Bello encuentro

fuera el nuestro de hoy. ¡Bah! Dejaría

mi amor y mi dolor al cabo libres.

BRIANDA.- ¡Adelante, Ausias March!

(Llega un Diputado terriblemente angustiado y jadeante. Benito y El Chepa le siguen. Cuando el recién llegado se da a conocer, los dos hombres vuelven al fondo)

DIPUTADO.-

En vano busco

a nuestro gran poeta.

MONTOLIU.-

¿Quién os manda?

DIPUTADO.- Busco el poeta Ausias March.

AUSIAS

MARCH.-

Calmaos.

¿Quién sois?

DIPUTADO.-

Me rinde la fatiga. (Pausa) Os pido

paso franco.

BRIANDA.-

¿qué nombre ~~preguntáis~~ ^(pronunciá bair?)

DIPUTADO.- Es tal la confusión de mis ideas,

que se borró de mi memoria el nombre.

Dejadme paso libre, os lo suplico.

AUSIAS

MARCH.-

Soy Ausias March.

DIPUTADO.-

¿Sois vos? ¿Cómo la sombra

no se ha desvanecido cuando hablábais?

Sueñan ya los clarines. Las campanas

vuelan sobre la plata de las sendas

que llegan hasta vos. Caudillo, oídme:
soy diputado; el Parlamento, incendio
donde crepita el solio del tirano

Juan Segundo, el maldito, que se burla
de nuestras
~~guerreras~~ libertades, y otro insulto

lanza hoy contra el pueblo y contra Gar-
-los.

BRIANDA.- ¡Vil escorpión!

DIPUTADO.- Si el escorpión pudiera
volverse Rey, no fuese tan maligno.

MONTOLIU.-La respuesta, decid...

DIPUTADO.- Pocas palabras;
mas bastarán
~~para bastar~~ para que nuestro acero
pueda afilarse, con pasión, en ellas.
La embajada volvió con rostros graves.
"La ira del Rey,-dijo,- es mensajera
de la muerte". Son estas las palabras
de Juan Segundo. A nuestra bien nacida
elegancia repugna el nuevo envío
de unos hombres pidiendo que termine
la lucha inhábil. ¡Ya está bien! La cul-
-pa
será del Rey, que nos lanzare el reto.

~~Los consejeros, Ausias March,~~
Los consejeros, Ausias March,
ellevan

los ojos hacia vos. Ha comenzado
nuestra guerra. ¡Por Carlos de Viana!

ADSIAS
MARCH.-

Nunca, por mí, temí la Muerte. ¡Acepto!

DIPUTADO.-Sea vuestra presencia ante las Cortes
la argolla que aprisione y amordace
al tirano real. ¡Por Cataluña!

(Marchan todos juntos)

CUADRO SEGUNDO

- - -

Fecha de la Diputación. A media noche.

- - - - -

NOGUERAS.- (A Brianda, que sale de la Diputación)

Brianda.

BRIANDA.- ¿Quién? ¿Qué voz?

NOGUERAS.- Soy yo. Nogueras.

BRIANDA.- Hasta aquí, rastreando...

NOGUERAS.- Entre la noche
camino sin temor.

BRIANDA.- (Dispuesta a gritar): Oh, no!

NOGUERAS.- Teneos.
Jamás un grito desvió el zarpazo
del tigre, ni evitó la dentellada
del chacal.

BRIANDA.- Y jamás un ser humano
conoció como vos.

NOGUERAS.- Cuando era niño,
mi madre, al verme tan feliz, reía.
No duró mucho. Tuve quince años.
Y ella, que no me ~~comprendía~~ (pronto
comprendía.)

comenzó a conocerme. La bebida me trastornó. Un regalo. Y hubo un grito, como el de vos, y le clavé....

BRIANDA.- ¡Qué monstruo!

NOGUERAS.-...Mi puñal en el pecho.

BRIANDA.- (Horrorizada) ¡Monstruo! ¡Monstruo!

NOGUERAS.- ¡Bella palabra cuando enmarca un gesto de omnipotencia! El fuego que en mí brilla, dentro del pecho, resplandece, magno, en la estulticia de este mundo imbécil.

BRIANDA.- Me dáis miedo.

NOGUERAS.- ¡Os doy miedo! Dad entonces un grito. Y ya veréis cómo me escurro lo mismo que una sombra por las calles. Gritad. Y las espigas de ese grito torturarán los últimos momentos de un Príncipe infeliz.

BRIANDA.- ¡Mentís! ¿Qué otra infamia os trajo aquí y os pone cerca de esta avalancha que hundirá el corrupto cuerpo de un torpe Rey, sino el espectro de un temor, que encubris inutilmente

con la estulticia de un orgullo loco?

NOGUERAS.-Sois mujer y, por eso, no os replico.

Vuestro corder, en la penumbra, quiere
invocar toda suerte de malicias;
mas se desliza inmaculado como
la carne tierna, de color de rosa,
de un niño que jugara al sol. La abeja
chupa la miel con su aguijón certero
y en éxtasis olímpico.

BRIANDA.-

Y mi ~~mano~~ mano.

para
¿qué espera ~~vuestro~~ fustigar el rostro
de un mal nacido como vos? Un día
no ha de tardar en que el horror de veros
en la horca, será más repulsivo
que este sarcasmo de hoy.

NOGUERAS.-

La muerte inclina

la cabeza, señora, ante la brasa
de mi pasión.

BRIANDA.-

Brasa de fango, escoria

de todas las lascivias.

NOGUERAS.-

Todas ellas

dentro de mí las llevo. Vos, Brianda,

ignorábais el hondo sufrimiento
que se retuerce, cual serpiente herida,
dentro del alma que el Señor me ha dado.
¡Queréis saberlo? Os amo...y os desseo.

BRIANDA.- ¡Qué horror!

NOGUERAS.- Más que a la Reina; más que a
todas
las mujeres del mundo.

(Ante un nuevo gesto de espanto de
Brianda)

Más que el sueño
que me forjé,- y en el que son los júbil-
de perfume de carne,- porque os amo ^{(los}
en vuestra carne, mas por ser vos misma.

BRIANDA.- ¡Huid!

NOGUERAS.- Es tan inútil la plegaria
como que me escupáis.

BRIANDA.- ¡Oh, miserable!

NOGUERAS.- En todas partes vuestra imagen hallo:
cerca o dentro de mí; y, aún no querien-
do,
más allá de la muerte os encontrara.
Soy como el huracán, que arremolina
las nubes y hace estillas de los árboles.

No someterse a la terrible furia
que hoy impulse mi vida es, fatalmente,
el aniquilamiento.

BRIANDA.-

¡A Juana Enríquez

habláis así, cobarde? No os desprecia
la Reina como a un perro, hasta el ins-
tante
en que os entrega, con placer liviano,
la lepra de su cuerpo?

NOGUERAS.-

Mejor presa

sois vos, Brianda. Pero más felina.

Y, por eso, más digna de mis brazos.

BRIANDA.- (Enfrentándose a la Diputación y dando
un silbido más que un grito)

¡Aquí!

NOGUERAS.-

¿Qué hicisteis? Yo era mensajero

de un secreto del Rey. ¡Pobre del pueblo!

¡Y, ay de vos! ¿No sabéis que en cada ^{calle}
de Barcelona velan, relucientes,

puñales con el filo envenenado?

Es la ofrenda del Rey a los ingenuos

catalanes que ladran. ¡Ay, de Carlos!

(Desaparece Noguerras entre la obs-
curidad.)

BRIANDA.- ¡Aquí! La fiera escapa, acorralada,
por las tinieblas de sus propios crímenes

(Se presentan El Chepa y Benito el Cojo)

BENITO.- ¡Aquí!

EL CHEPA.- La luna, en lo alto de los cielos,
da volteretas y, asustada, silba.

¡Ay, de nuestras cabezas! (A Benito)

¡De la tuya!

BENITO.- ¡Aquí! ¡Favor!

(Salen de la Diputación Pedro Destorrens, Ausias March, Ramón de Montoliu, consejeros, diputados y tres guardias con antorchas.)

DESTORRENTS.- ¿quién la justicia pide?

BRIANDA.- (Lanzándose a los pies del Presidente del Consejo de Ciento)

Don Pedro Destorrens.

DESTORRENTS.- Alzad, señora.

~~Señores~~ Tembláis.

BRIANDA.- Mil y mil veces, para siempre,
maldito sea!

DESTORRENTS.- ¿Fué la ofensa grave?

BRIANDA.- Cazadle como a un lobo, a puñaladas.

¡Negueras está aquí!

DESTORRENTS.-

Nadie detenga

la marcha de este hombre. Vía libre
para nuestro enviado preferido.

La Reina ha de saber, por su lacayo,
que nuestros corazones se enardecen
por defender nuestros sagrados fueros.

BRIANDA.- Invoque la justicia. Aprisionadle.

Os lo pide Brianda.

DESTORRENTS.-

¡Mi señor!

BRIANDA.- A mi honor ofendió.

DESTORRENTS.-

¡Seréis el símbolo

de Cataluña! Tenga vía libre

la raza odiosa y vil de los traidores.

Nuestra elegancia está muy por encima.

¡No detendrá esa raza nuestro empuje!

(Pausa)

El Presidente del Consejo os habla.

En nuestro mar, aguardan las galeras.

Despierta el somatén. Por nuestro Prínci-

Don Carlos de Viana, resucitan

nuestras amadas libertades.

MONTOLIU.-

¡El enden

hechas y espadas!

DIPUTADO.- ¡Adelante! ¡Arriba
los corazones!

UN CONSEJERO.- Frente a frente se hallan
nuestro deber y el opresor.

AUSIAS
MARCH.-

Señora,

"quien no pretende un bien forzado, quiere
mejor el mal". El Rey es, por desgracia,
nuestro enemigo. Ha de caer. ¡Arriba
los corazones! El amor que os mueve,
será en la noche azul nuestra bandera.

BRIANDA.- Yo os la entrego, Señor: ternura alada.
Carlos palpita entre sus pliegues. ¡Pobres
del que intente en jirones convertirla!
¡Cieguen sus ojos para siempre!

DESTORRENTS.- El alba
se anuncia azul y roja. ¡Es nuestra ruta!
¡Despierta, pueblo! ¡Vamos!

CONSEJEROS
Y DIPUTADOS.- ¡¡Adelante!!

DESTORRENTS.- Ha de ser en la liza tu coraza
el Consejo de Ciento.

(A Ausias March, como una consigna)

Ausias...

AUSIAS
MARCH.-

Juro

cumplir con mi deber. Con una estrofa
en los labios,- amor y muerte inspiran,-
voy a la lucha; que las rosas se abren
por el amor y por la muerte. Juro
morir con una estrofa entre los labios,
-dulce sonrisa de morir y amar,-
si no libero a Carlos de Viana,
el Príncipe gallardo y virtuoso,
límpido espejo de velos. Y juro
por mi honor, ¡oh, Don Pedro Destorrents,
de Cataluña Consejero jefe!
no, tener más reposo, ni cortarme
los nevados cabellos hasta el día
en que, ronca mi voz, y el brazo exhausto
de fuerzas, pueda yo, cumplidamente,
poner a vuestros pies gesta y estrofa.

(Se cierra la cortina)

5

ACTO QUINTO

Salón del Trono en el Palacio Real de

Barcelona.

(Carlos de Viana, sentado en el sitial. En su rostro, angustiosamente pálido, toda la tragedia de una enfermedad que le agota. Le rodean el Conde de Pallars, Torroella, Ramón de Montoliu y un Diputado. El Chepa, en medio de la escena)

EL CHEPA.-- ¡Ríe Su Alteza? ¡Bien! Brilla en mi bolsillo una moneda más. Es otra estrella
-sa
en el cielo que, fosco, me miraba.
Y es el único cielo que me importe.
Ay, perdonad, señor! ¡Escribe el Príncipe
-peñ
y quiere que me calle? ¡Otra moneda!
Con esto pienso que hice la alabanza
del Príncipe. ¿Fué así?

CARLOS.-- Filosofías
del Chepa, nada menos.

EL CHEPA.-- Solamente
yo diña palabras: bien compuestas
y bien pulidas. Como el mismo oro.

Quando la noche de marfil se arranca
la jiba y, con cariño, la coloca
junto a mi cama, cuento una por una
las pelebras que he dicho y las monedas
que he recibido. No dudéis: la vida
es un montón de frases y florines.

CARLOS.- Espero hacerte un día, -caballero
con coraza y mujer, - merced de un libro.

EL CHEPA.-Será entonces mejor el mundo. ¡El Chepa
dispone de mujer, libro y coraza!
Escuchad, si queréis.

CARLOS.- (a los de su alrededor) Oid.

EL CHEPA.- En Nápoles
sucedió. Yo no estuve. ¿Estoy despierto?
¿Sueño quizás? (Palpa su joroba y dice:)
¡Despierto estoy! ¡La Chepa!
Temprano, muy tempranito,
voy por la orilla del agua.
La mer, un vaso argentado,
y Capri, un sueño escarlata.
Temprano, muy tempranito,
voy por la orilla del agua.

Una meza de ojos garzos
y dos rosas en la cara.

Temprano, muy tempranito,
un suspiro me acompaña.

El amor desfleca coplas
en un milagro de nácar.

-Ay, doncella de ojos garzos:

si yo tuviese una barca,

iríamos mar adentro:

mar adentro de mi alma.

El amor desfleca coplas

y un suspiro le acompaña.

Seguiremos viejas rutas

de delfines y piratas.

Con un puñado de estrellas

te haré una hermosa arracada;

que el hechizo de tu cuello

más que el firmamento encanta".

Me ha mirado, de hito en hito,

la belle napolitana:

"Llevo un libro en mi regazo

de leyendas perfumadas;

Las viviremos muy lejos,
y e solas, en nuestra barca.
Por si temiesses escollos,
de oro tengo una coraza;
que los piratas del mar
nunca temor me escusaran".
Me ha mirado, de hito en hito,
la gentil napolitana.
Dos lágrimas de cristal
por sus mejillas resbalan.
Mi chepa no es más que un fardo,
y el crepúsculo, una brasa.
Temprano, muy tempranito,
muy solo,
voy por la orilla del agua.

CARLOS.- (Lanzando a los pies del Chepa una bolsa
con monedas de oro)

Si más tuviese, más te entregaría.

EL CHEPA.- Jesus valió no más treinta monedas
de plata.

CARLOS.- Fué untraidor el que hizo el pe-
-go;

el que la venta hizo, un pobre hombre.

Puedes marchar. Y agradecido quedo.

(Desaparece El Chepa respetuosamente)

Bufón, sonrisa cálida a mi lado:
sabes mezclar tus gracias juglarescas
con halos de dolor.

(A los demás)

Errante, iba
por donde van todos los vagabundos.
Lo descubrí, como a un amigo. El pobre
ni siquiera lo sabe.

TORROELLA.- Abre los párpados,
no más, para mirar vuestra largueza
cuando le dais florines.

CARLOS.- Ni vosotros
le conocéis... Es pródigo. No sabe
retener nada para sí. Sus saltos
y sus monedas llegan cada noche
hasta un convento y, entre miniaturas
que los frailes, colmados de paciencia
y de fervores...

(La oración del príncipe se rompe.)

DIPUTADO.-

Sombras mudas

y nada más. Espectros que se agitan
incautos, sin más fe que un torpe anhelo
de inconfesables gozos y apetitos.

¡La entereza, mi señor, de vuestro nom-
bre siempre fué guía y luz del Parlamento!

CARLOS.- Mi orgullo, que se esfuerza por ser cas-
to, aventaja los jirones de esas sombras.

Fuera el desprecio preferible. En cambio,
como dentro de un baño de perfumes,
gustar podría el aura de los nobles
que protegen mis sueños. Por la patria
de los valientes catalanes, quiero
que cada hora mía, - ¡oh, Barcelona!, -
llegue hasta más allá de la presencia
de mí mismo. Mas, ay que Juana Enriquez,
esa mujer cobarde, que no ha sido
capaz de combatirme frente a frente,
- por ermas una rosa, - se desahoga
felina y friamente, entre los huesos
de mis leales servidores.

PALLARS.-

Sólo

un burecán podría ya oponerse
al choque arrollador de nuestro empuje.
Las uñas nunca han sido armas de acero.
Ea al temblor de Juana se adivinan,
unas viles rodillas que se doblan;
como esclavo que quiere verse libre
del triunfo de la fuerza afortunada
que guía nuestros pasos. Y así ocurre
que la Reina, que busca vuestra muerte,
mendiga vuestra azul benevolencia.

CARLOS.- Decid, pues, a la Reina.....

(El Príncipe vacila nuevamente. Pierde el sentido. La Muerte quiere aprisionarlo)

TORROELLA.- ¡Qué agonía!

MONTOLIU.- ¡Carlos! ¡Señor!

DIPUTADO.- ¡Oh, Dios!

MONTOLIU.- ¡Señor!

PALLARS.- Sus labios
sonríen.

TORROELLA.- Es un santo.

CARLOS.- (Recobrándose algo; pero vencido por la fiebre.)

Sí...La Reina...

y mi señora....Brianda.

(Se da cuenta de la situación. Y dice energicamente, como dando un fustazo al rostro de la Muerte, que se esconde)

¡Mi mensaje

cumplid, Fallars!

MONTOLIU.-

Os fatigáis.

CARLOS.-

(Alzándose lento y majestuosamente, vencedor e impoluto, en la lucha que sostienen la carne y el espíritu)

Mensaje

de paz. Para la Reina. Que la aurora
enmedio del viaje ya os encuentre.
Y en el galope de vuestro caballo
preparad las palabras más gentiles;
aquellas que jamás volcadas ~~en~~ fueron
en oídos de virgen. Y, en resumen,
le aseguráis que Carlos de Viena
rinde a la dama férvido homenaje.

(A Montoliu)

Y, ahora, para vos es el dictado,
Ramón de Montoliu. Hended la ruta

que conduce a los brazos de Castilla.
Pedro Queralt es acompañe; y cuatro
de los mejores capitanes nuestros.
Haced allí los tratos convenientes
con Don Enrique Cuarto, el Rey amigo,
noble y valiente, para que la Infanta
Doña Isabel, pueda ocupar el tálamo
nupcial, donde la espera el muy indigno
Don Carlos de Viena.

MONTOLIU.-

La saeta

más veloz no hendiría los espacios
con la presteza con que me apercibo
a cumplir vuestra orden.

CARLOS.-

¡Las coronas

de ambos reinos unidas! ¡Es mi sueño!
¡Impedir que haya guerra!

PALLARS.-

Cataluña,

mostrando nuevamente su grandeza,
sabrà ofrecer por vos a Juana Enriquez
el olvido de un odio inveterado.

(Marchan el Conde de Pallars, Pedro

Terroella, Ramón de Montoliu y un Diputado. Carlos de Viana se deja caer casi verticalmente en el sitial, con los brazos extendidos, absorbe en una profunda meditación. Aparece Ausias March, despejado, diríase, de toda su gran humanidad; como incorpóreo, majestuoso y sencillo amistoso e inasequible)

CARLOS.- ¡Ausias March!

AUSIAS

MARCH.-

Grata sea a Dios la aurora

que aquí me trae.

CARLOS.-

AUSIAS

MARCH.-

¡Poeta!

Hombre que intenta

sonreír pulcramente al desconsuelo.

CARLOS.-

Y que por los caminos que recorre
su número prodigioso, va encontrando
arcos de palmas en su honor.

AUSIAS

MARCH.-

Amigo

y elogio nunca fueron compañeros.

CARLOS.-

Cuando la vida nuestra se aproxima
a la hora fantasmal de las campanas,
el prodigado elogio a nuestro amigo
es como una linterna que ilumina
el tránsito final.

AUSIAS

MARCH.-

¡Poeta!

CARLOS.-

Frágil

en demasía para serlo bueno.

AUSIAS
MARCH. }

Pálido estáis.

CARLOS.-

Es coio de la sangre.

En este declinar de mi existencia

solo me queda un poco del espíritu.

AUSIAS

MARCH.-

Guardar coma debéis.

CARLOS.-

Pero, ¿y mis nervios?

AUSIAS

MARCH.-

Guardad coma, señor. "Todos los hombres

que tienen en el mundo, a su albedrío,

todas las cosas, como a nada pueden

ya aspirar, las encuentran baladíos.

Quien huye de este mundo va, acertado,

por la vía derecha".

CARLOS.-

Por sentirme

huído de este mundo no comprendo

las cosas de él. Las calmas más abruptas

me emperen más allá del hemisferio

donde es la vida ausencia. ¡Cómo ansío

ver en un hombre, -un hombre sin envi-

-dias,-

la profunda y magnífica belleza

de un corazón a flor de labio. ¡Un hombre

solo! ¡No más, un hombre! Presentádmelo,
para que, de mí mismo me horrorice
y escape de mí mismo; que la pena
de sentirme conder sobre los hombres
y ser solo gusano, martiriza

lo ~~mejor~~ ^{mejor} de mi alma. ¿No hay un hom-
-bre?

AUSIAS
MARCH.-

¡Oh, tu espíritu! Si huyes de la vida,
rompe la que, en los muertos, es costum-
-bre:
retorna al mundo; quiero ver tu esencia;
¿no sentiré temor de tu mirada?

CARLOS.-
AUSIAS
MARCH.-

No os comprendo.

¡Dolor! Velo morado

que encubre la vergüenza pecadora
de nuestro corazón. Como en la zarza
bíblica, Dios nos habla solamente
ante la hoguera del dolor.

CARLOS.-

Exacto.

Dolor cruel, ~~de~~ de odio ^{de} y venganza.

AUSIAS
MARCH.-

Dolor de caridad. Si vuestro padre...

CARLOS.-

Fué no más para mí el espectro trágico
de los pecados capitales: ira,
lujuria... ¡Y qué viscosos y traidores,

agazapados dentro de una cuencas
espantables....

(Carlos de Viana permanece absorto
ante sus propias palabras. Está
fatigado)

Mi fiebre pugna ahora
por romper el silencio recatado
que tanto siempre amé. ¿Sois vos, poeta?

AUSIAS
MARCH.-

(Tomando asiento al lado del Príncipe)

Soy la amistad, que vela vuestro sueño
de dolor; que la música olvidaba
de su ~~amor~~ ^{eterno} sufrir de amor; que olivia
las penas del amigo...y ama el gozo
de vivir sin vivir; que es rosa y po-
de alas de ángel la Musa de sus versos. ^{(-len}
Decidme vuestra pena.

CARLOS.-

Ya la tarde

cae lentamente.

AUSIAS
MARCH.-

¿Qué es tortura el alma?

CARLOS.-

El sol es un carbunclo de azabache.

AUSIAS
MARCH.-

Enigmas.

CARLOS.-

O palabras. Quizás sea

traición, a la razón, de mi mirada.

a ser vuestro aliado. Resignémonos.
Nunca pacta un león con una oveja.
Y Juan Segundo, el rey sin fe, y el pa-
sin corazón, renueva en esta hora ^{-dre}
su ultraje contra vos. ¡Ah! ¡Pe^{ro} el pue-
nuestro pueblo que ansía verse libre, ^{-blo,}
sabr  obligar a enmudecer, si llega
la bizerra coesi3n, al Rey de Francia!

(Aparece Torroella, jadeante y en-
gustado)

TORROELLA.-El Conde de Pallars... Alteza...

CARLOS.-

¡ Dices!

TORROELLA.- ¡Asesinado!

(Carlos de Vinas se pone de pie, r -
gido, casi enverado, dolorido. Pa-
rece que reza. Ausias March, po-
co a poco, va hacia el fondo. Con-
temple fijamente al Príncipe, con
la mirada escrutadora, como se qui-
siera aniquilar los gérmenes de su
dolencia. Flota en el ambiente to-
do el horror de la tragedia que co-
mienza)

CARLOS.-

¡Asesinado, dices?

¡Qué mano, negra de pecado y cieno,
garra malvada, a mi mejor soldado
ha podido abatir? ¡Qué arma forjada

en las torvas tinieblas del averno
se rompió en la nobleza sin mancha
de aquel pecho impoluto, sano y fuerte
como el cedro del Líbano, y ^{altivo} ~~estukenn~~
nidal de jerifaltes? Dí, Torroella:
¿quién fué el traidor?

TORROELLA.- Detrás de la murab-
-lla,
unos cobardes con puñal en mano...

CARLOS.- Haza temible de aves de rapiña,
a sueldo de mi padre Juan Segundo:
mirad, en suma, ya mi carne muerta.

AUSIAS
MARCH.- El sufrimiento os hace hablar sin tino.

CARLOS.- Los bandoleros del camino sitian
la inclinación normal de mis ideas.

TORROELLA.- Hemos hecho en la lucha un prisionero.
¿Qué hemos de hacer con él?

CARLOS.- Caiga quien caiga!
arrancadle los ojos; que no vea
sino sus crímenes espantosos y, luego,
en un espasmo de ansiedad, la horca.
Pero, no. No lo hagáis. Que Juana Enríquez
gozaría delante de la absurda ^{¿quez}

víctima nueva de su odio.

AUSIAS
MARCH.-

Temo

por vos, señor. Vuestra salud...

GARLOS.-

Dejadme

llorar a mi guerrero fiel. La muerte
le sorprendió cuando acudía, presto,
a ponerse a los pies de la homicida.
Para él, mis honores. Su cadáver
al lado de mi Trono se coloque
y reciba el tributo de mi pueblo.

(Carlos de Viena no puede más. Le
ronda la muerte; casi le atenea.
Ausias March y Torroella se apro-
ximan a él rápidamente, pues, de
no ser por ellos, caería)

AUSIAS
MARCH.-

(Con un gesto, a Torroella)

¡Pedro Queralt!

TORROELLA.-

¡Voy!

(Sale Torroella. Entra enseguida El
Chepa)

EL CHEPA.-
AUSIAS
MARCH.-

Mi señor.

(A media voz)

¡Silencio!

Pasa la Muerte...Pasa...Se arrodilla
calladamente, entre silencios. Muerte:

camino más allá de tus dominios;
espere todavía...No es tu hora.

¡Oh, Carlos!

CARLOS.- (Casi imperceptiblemente. Desvería)

Fué Brianda...Fué Brianda
quien me amó a todas horas. Siempre ella.
Y yo, ¿quién soy? El Príncipe Don Carlos
de Viana. No...No...Soy el despojo
de un combate. Ven, Chepa: me diviertes..
Un cadáver aquí...No fué la Reina..

(Abre los párpados, poco a poco)

Ausias March.

AUSIAS
MARCH.-

Retornad

~~al~~ a vuestra alcoba.

Necesitáis reposo.

CARLOS.-

Me leedme

la traducción que hice de ~~un~~ Aristóteles.
Una argolla oprimía y coagulaba
la sangre de mis venas.

EL CHEPA.-

Señor, vamos.

AUSIAS
MARCH.-

Sois fuerte.

CARLOS.- (Abrásado por la fiebre)

¿No escucháis? Ya las campanas

cantan al viento. (Pausa)

¿No cayó una hoja?

(Ausias March y El Chepa entran al Príncipe en su cámara. Llegan Pedro Destorrents, Ramón de Montoliu, un Diputado, Pedro Queralt y Torroella, con varios Caballeros. Queralt y Torroella pasan sin detenerse a las habitaciones de S. A.)

DESTORRENTS.--Día de duelo para Cataluña.

MONTOLIU.--¡Miseros de nosotros si sucumbel!

DESTORRENTS.--Recemos.

DIPUTADO.-- Se inundó de resplandores
la alcoba. Es pura llama toda ella.

DESTORRENTS.--Pedid a Dios que nuestro Rey se salve.

(Ausias March, Pedro Torroella y El Chepa salen de la cámara. Estan transtornados. Torroella, llora. Silencio angustioso.)

¿El Príncipe?

~~MEROMO~~

A. MARCH.--

Confiesa.

EL CHEPA - (Implorando al cielo) ¡Madre mía!

TORROELLA.--Solo puede salvarle ya un milagro.

MONTOLIU.--¡Día de duelo para Cataluña!

AUSIAS

MARCH.--

Roble partido en dos por la centella,

sobre el triste esqueleto de su tronco

los colores del iris, mudos, lloran.

DESTORRENTS.- (Que se ha asomado a la cámara del W
Príncipe agonizante)
El Sacramento.

(Todos se arrodillan)

TORROELLA.- (Que va a entrar en la alcoba y se
arrepiente)

No. No faltan fuerzas.

AUSIAS

MARCH.- En el nombre del Padre...

(Entra Nogueras, diabólicamente per-
verso, trayendo en los ojos la lum-
brada de una alegría absurda)

NOGUERAS.- (A Pedro Destorrents) Y en el nombre
de los Reyes, su pésame...

DESTORRENTS.- No ha muerto
nuestro Rey todavía. Arrodilláos
ante Dios. ¡De rodillas! La plegaria
de vuestros labios se una a nuestras
preces
por la salud de Carlos de Viana.

(Aparece Pedro Queralt en el umbral
de la puerta, completamente transe-
ornado)

QUERALT.- *¡Nuestro Príncipe!*
~~Carlos de Viana~~ ha muerto.

TORROELLA.- (Entrando en la alcoba con una congoja)

¡Muerto?

AUSIAS

MARCH.-

¡Muerto!

QUERALT.- ¡Por Cataluña vele el cielo!

(La voz de Brianda suena dentro des-
pavorida)

LA VOZ DE
BRIANDA.-

¡Carlos!

Dejadme veris; que me espera y llama!

BRIANDA.-

(Se presenta en escena Brianda con
la cabellera tragicamente suelta.
Parece alcohada)

¡Carlos!

DESTORRENTS.-

¡Señora!

BRIANDA.-

¿No le oís? Me espera.

¡Me llama!

~~HUNGOS~~

A. MARCH.-

Es tal nuestro dolor...

BRIANDA.-

¡Dejadme!

Paso franco, los nobles caballeros.

¡Pasa una dama!

(Asias March, Pedro Destorrente y
Ramón de Montoliu sostienen a
Brianda, que quiere desasirse de
ellos. No la dejan pasar)

¡Horror! Está dormido.

¿No lo véis? Cerca de él gime una sombra.

¡Una sombra! No ha muerto... Está dormido.

Dejadme y ya veréis que alza los ojos
en cuanto sienta m. amoroso beso.

(Pedro Queralt entra en la cámara de
Su Alteza)

AUSTAS
MARCH.- Ya todo terminó.

BRIANDA.- ¡Mentira! Escucho
su suspiro y su voz. ¡No oís?

(Con la voz apagada, como repitiendo el nombre que cree haber percibido)

¡Brianda!...

HONTOLIB.- Sosegaos.

DEXTORRENTS.- La prueba es demasiado
cruel; y nuestro corazón
~~se resaca de dolor.~~ ¡Traguea.

¡Y el corazón de nuestra Patria sugusta?

DIPUTADO.- Era un sante. ¿No respiráis perfumes
de nardo y de clavel?

BRIANDA.- (Fijándose en Noguerras, que casi se
secondeja detrás de un Diputado)

¡Tú aquí, Noguerras?

¡Tú, tú, asesino! ¡Criminal!

NOGUERAS.- Señora...

BRIANDA.- ¿Qué haces aquí, traidor? ¿Por qué no vuelves
a arrojarle a los pies de la madrastra
mendigando su amor de prostituta?

NOGUERAS.- (Altivo)

¡Caballeros!...

BRIANDA.- Tu obra completaste.

Mírala aquí: vacía ya la copa
del brebaje infernal, ha muerto el Prín-
cipe.
Mas queda, en cambio, la mujer que ama-
-bas.
Brianda queda aquí. ¿Qué es lo que espe-
-ras?

NOBUERAS.- (Confuso)

Yo...

BRIANDA.- ¿Qué esperas, felón? "Más que a la
Reina
os deseo. Y aun más que a todas juntas
las mujeres del mundo". ¿Lo olvidaste?
"¡Más allá de la Muerte!" ¡Traidor! ¡Mí-
-rala!
(Con el arce que toma de un Caballe-
ro, lo mata)

AUSTAS
MARCH.- ¿Qué hicisteis?

BRIANDA.- (Al borde de la locura)

¡Era un monstruo! ¡Solo un
monstruo!
DESTORRENTS.- Envíese el cadáver de este hombre
a Juan Segundo. *¿que entienda*
~~que entienda~~ el reto
de Cataluña!

BRIANDA.- No gritéis. Me llama
mi bien amado. ¿No le oís? ¡Afuera!
¡Afuera todo el mundo! ¡Desalmados!
¡Nosotros solos! ¡Voy a tí! Los besos

de mis labios, te alivien. ¿No escucháis-
-teis?
Sufre de sed de amor... ¡Afuera todos!
Querría otra vez envenenarle.

¡Afuera, bandoleros! ¡Asesinos!
espera... ¡Voy!; Voy a!
Charles, ~~espera~~ ~~¡Voy!~~ tus brazos!

(Impulsada por la locura, Brianda
empieza a desprenderse de sus ves-
tidos mientras que se cierra la
cortina)

== == == == == == == ==